

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO

"EL DIARIO DE ADÁN"

DE MARK TWAIN

AÑO 3 | N° 27

SEPTIEMBRE 2001

PRECIO \$ 5

<http://latido.terra.com.ar>

el hombre y la mujer

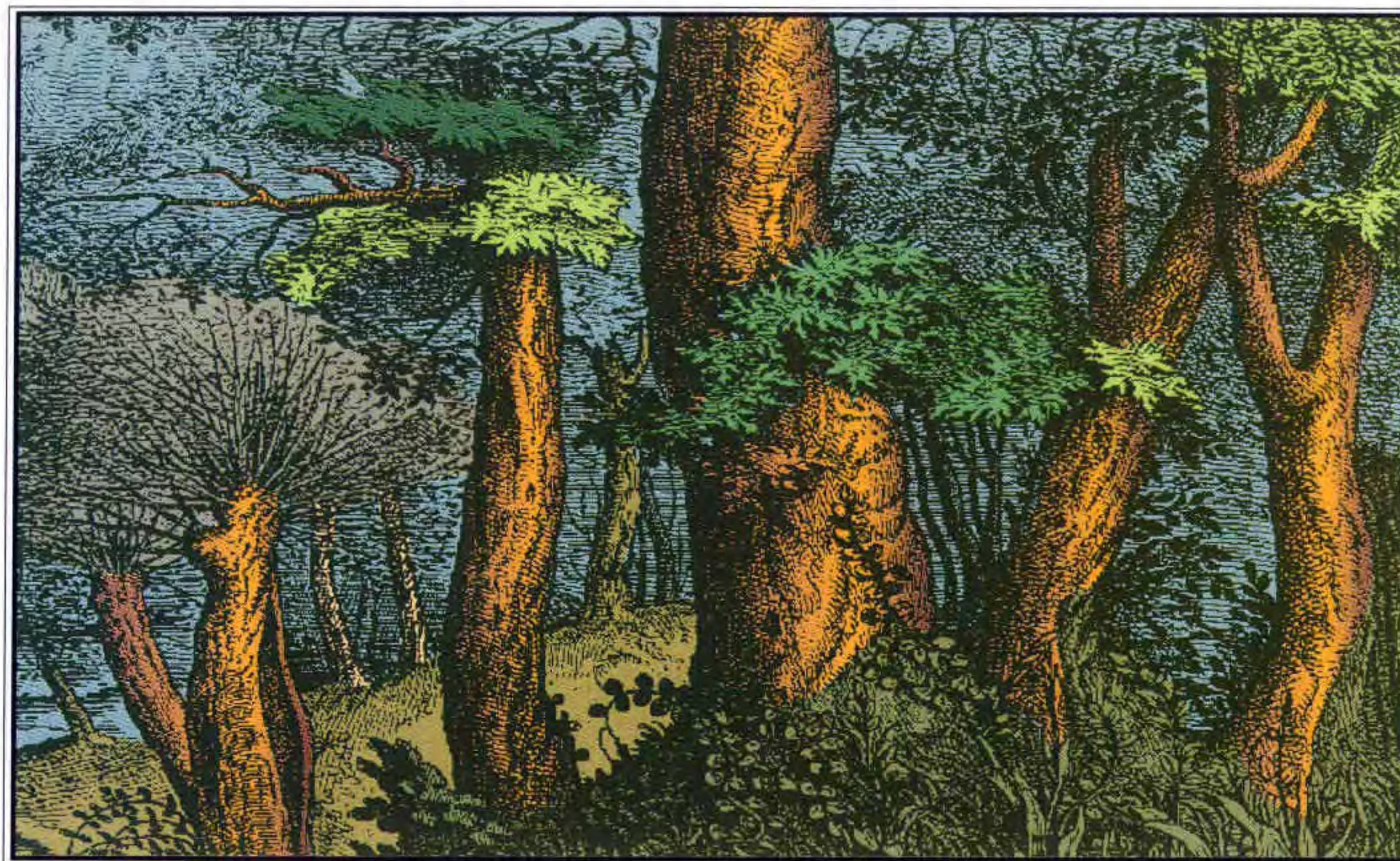


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SN 1514-4747



71514 474007 00027



Seguir la senda

Hay quienes trabajan para forjar el camino de los logros y conocimientos en terrenos tan diversos como el arte, la ciencia y el deporte.

Esta búsqueda de los mejores frutos, es una manera de construir nuestra identidad como país.

El programa Bagó de ayuda comunitaria apoya a quienes buscan llegar más lejos en la senda elegida.

Bagó, desde 1934, toda una vida a favor de la vida.



Daniel Ulanovsky Sack
Director

NUEVOS ROMPECABEZAS



No hubo —les aseguro— voluntad de que este número saliera así. Ningún redactor recibió ideas sobre cómo enfocar su texto:

queríamos ver qué surgía. Y apareció, libremente, un dibujo que se puede leer como fiel reproducción de la época.

El hombre heterosexual que se ahoga en agotamientos, en el cansancio de jugarla durante mucho tiempo de todopoderoso. Soy lo que soy, lo que no soy, no soy nada, o soy todo, parece deslizar su relato. Pero, básicamente, no esperen de mí solución alguna: me cansé de dar. La mujer, en cambio, saca agallas. Goza con la antes masculina idea de conquistar el mundo. Toma un lugar de lucha, de poder, de definir un futuro. Con o sin hijos, da lo mismo, porque la maternidad dejó de ser celebrada como el centro del universo.



En medio de tanta transformación, las otras identidades no piden permiso. Existen, sienten, y con eso alcanza.

Disminuyen el rollo de la culpa y el debate por la conquista de los derechos. Ahora sólo se trata de vivir. Así, una madre lesbiana habla desde el amor más que desde la reivindicación. Relatos gays que son pantallazos de cotidianidad y no de lucha. Una travesti que es empleada administrativa y deja atrás el obligado disfraz de plumas. Un muchacho que nació con cuerpo de mujer pero que proclama su hombría.

La identidad única no existe, parecen decir todos. O hay tantas que ya no se pueden clasificar. Por eso, que cada cual forme la suya.

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Alan Pauls, Leila
Guerriero, Luciana
Castagnino, María
Moreno, Olga Viglieca,
Gabriela Cabezón,
Cristian Alarcón, Daniel
Molina, Lohana Berkins,
Mauro Cabral, Luis
Gruss, Federico Quintero,
Fernando González

EDITORIA FOTOGRÁFICA
Julieta Escardó
FOTO DE TAPA
Luciana Betesh
Santiago Porter
FOTOS
Julieta Escardó
Gabriela Schevach

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

ILUSTRACIONES
Augusto Costhanzo
Sylvia Mato

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

Asociada al grupo Capital Intelectual

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO / CAPITAL INTELECTUAL
Tel 4866-1881 int. 227
Directo: 4865-3738

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9, Bs. As.
DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836, Bs. As.

FOTOCROMÍA E IMPRESIÓN
Quebecor World Pilar S.A.
Maipú 939, Buenos Aires

Registro de la Propiedad
Intelectual 092333.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.
"LATIDO. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

Esta revista ha sido seleccionada
por el Plan de Promoción a la
edición de revistas culturales de la
Secretaría de Cultura y Medios de
Comunicación de la Presidencia
de la Nación.



6 18 20

ADIÓS VARÓN, ADIÓS

El rol tradicional del hombre ha resultado similar al de una columna de piedra: le ha tocado la responsabilidad de sostener. La mujer, la familia, el patrimonio. Y como a toda columna, no se le ha permitido sentir sino sólo mantenerse en pie. En un texto con clara impronta personal, Alan Pauls muestra su cansancio por ese espacio tradicional de lo masculino e ironiza la realidad a partir de un nuevo extremo de moda, el del muchacho sensible. En ese contexto surge la pregunta del millón: ¿puede un playboy llorar —en breve, mostrarse sensible— y mantener su atractivo?

Página 6

FRASES QUE VALEN LA PENA

Poetas como Ovidio y Diana Bellesi, el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, y escritores como Boris Vian y Marguerite Yourcenar muestran en sus obras la calidad de las relaciones que hermanan y enfrentan a hombres y a mujeres.

Página 18

ME GUSTA SER MUJER

Había una vez una chica a la que le enseñaron a portarse bien. Cumplió durante muchos años el papel de niña obediente hasta que logró zafar y empezó a construir su vida a partir de lo que sentía. Leila Guerriero cuenta su historia —la historia de muchas— y revela un modelo que sería considerado contradictorio si no se sustentara en el placer personal. ¿Un ejemplo? A ella no le interesa tener hijos... pero le encanta tejer carpetas al crochet. Estas páginas incluyen una columna de Luciana Castagnino sobre el eterno desafío femenino: ser, a la vez, madre dedicada y profesional destacada.

Página 20



384250

POLLERA Y PANTALÓN

Una nota que introduce al debate de géneros a partir de un relato en primera persona. ¿Qué importancia tiene la educación en la orientación sexual? ¿Hay clasificaciones que son demasiado estrechas para entender la enorme diversidad que inunda la vida? Por María Moreno

Página 38

LESBIANA & MADRE

Una periodista habla sobre cómo crió a sus hijos y formó un hogar acompañada por su pareja mujer. Por Olga Viglieca. **Pág. 42**
Hay cosas que no cuento
El mundo cotidiano de una chica común... que gusta de otras chicas. Lo que dice y lo que calla. Por Gabriela Cabezón. **Pág. 43**

EL DESEO GAY

Las frustraciones familiares que rodean al varón homosexual. La fuerza de una atracción que puja por liberarse de los prejuicios. Por Cristian Alarcón **Pág. 46**
Mar de insultos
¿La diferencia hace más intensa la vida? Una pregunta provocadora sobre la manera de mirar el mundo de unos y otros.

Por Daniel Molina **Pág. 48**

¿ACASO PENSÁS QUE

SÓLO ES PONERSE TACOS?

Sobre un cuerpo masculino nace el deseo de vestirse como mujer y adoptar formas femeninas. Lo cuestionador de una identidad —y sus atributos— que arrasa con los modelos convencionales.

Por Lohana Berkins. **Pág. 50**

¿UN HOMBRE EN EL CUERPO DE UNA MUJER?

Una realidad poco conocida: las personas que nacen con cuerpo de mujer pero se sienten íntimamente hombres e intentan cambiar sus formas para adaptar el aspecto a su sexo de elección.

Por Mauro Cabral. **Pág. 52**

DIGRESIONES

Pequeñas notas en las que Luis Gruss refleja cómo el cine, la literatura y la sabiduría popular analizan el vínculo entre ella y él.

Página 34

CARRUSEL

Las formas en que lo masculino y lo femenino se traducen en el consumo, narradas por Federico Quintero. También, una columna sobre el magnetismo de los senos.

Página 54

CORREO

La voz de los lectores

Página 56

EL CUENTO

"El diario de Adán" (fragmento), de Mark Twain

Página 58

Adiós varón, Adiós

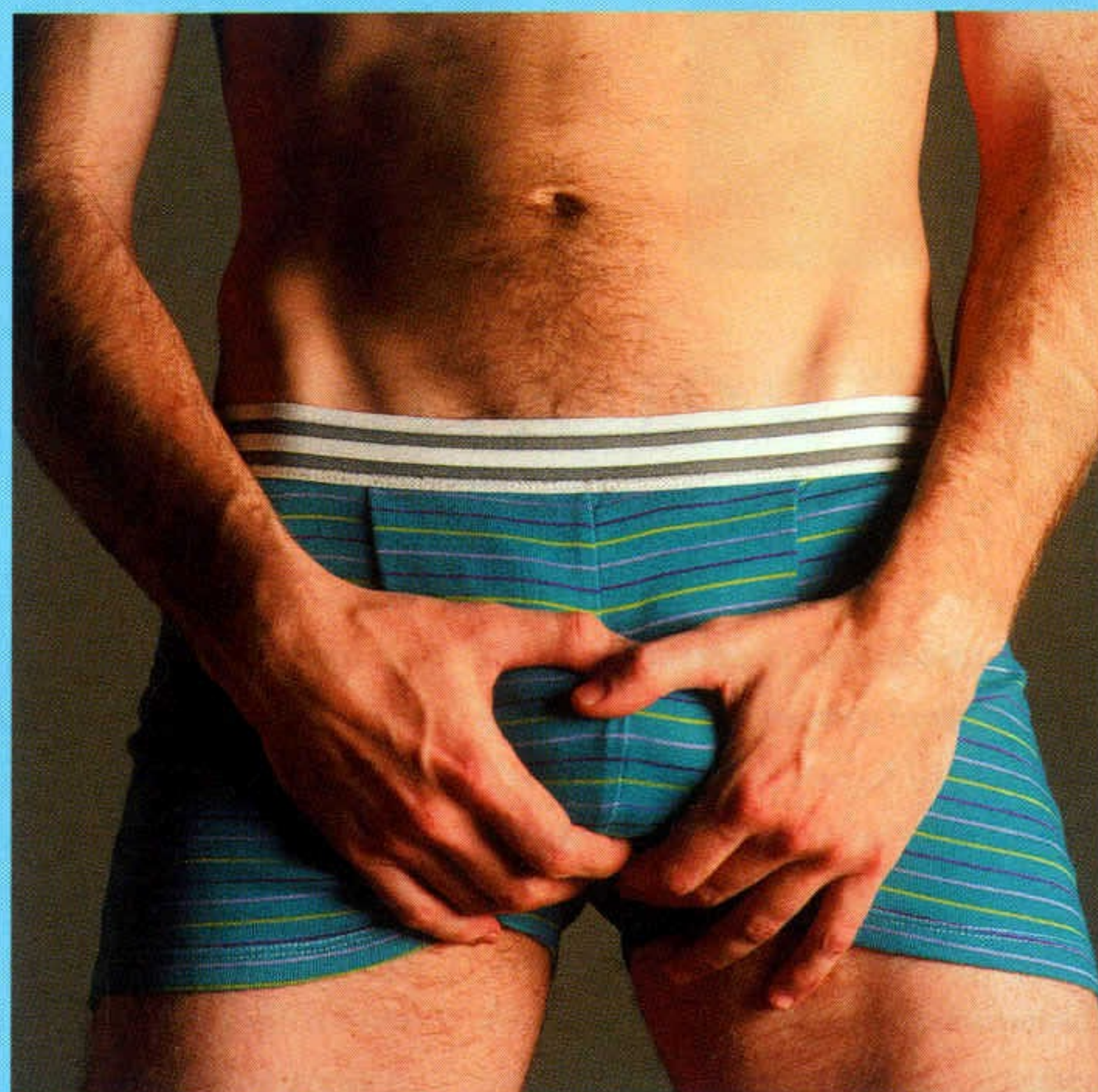
UN DIARIO ÍNTIMO

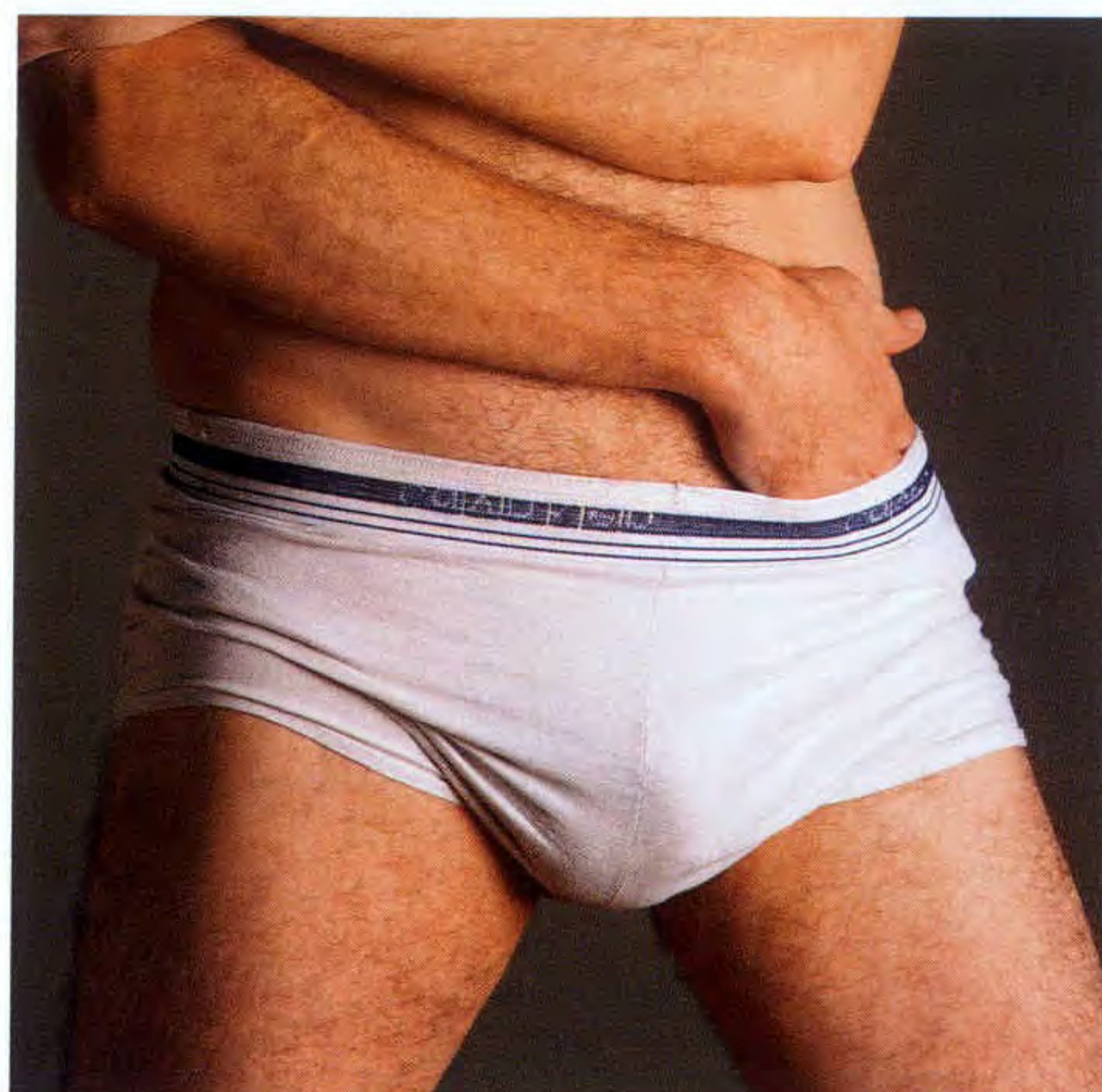
MARTES

Cansado de ser hombre. ¿Habrá una chica en mi cuerpo? No sé. Quisiera estar abierto a todas las posibilidades —esa fue la frase que usé, creo, para conquistar a mi ex mujer, y la que recuerdo que ella usó para dejarme—. Pero me imagino teniendo que depilarme, me veo despellejándome las cutículas frente a un perchero cargado de vestidos antes de una fiesta o aguantando el peso de un hombre desnudo —mi propio peso, puesto que soy el hombre que tengo más a mano— y toda la pereza del mundo se desmorona sobre mí. Antes que sufrir prefiero hacer sufrir. Me ensaño brevemente con Rosa, mi cachorra rottweiler, a la que adoctrino en el delicado arte de amarme a mí, su amo y verdugo, y mostrarle los colmillos al resto de la humanidad. Sí, he cedido a la moda. Los rottweiler están de moda. Ya se los puede ver arrastrando a sus trémulos dueños por las calles de Palermo Viejo. Los rottweiler son a los perros lo que las 4 x 4 a los autos: masculinidad + diseño. (Que Rosa sea hembra, como es obvio, no cambia absolutamente nada.) Quiero ser claro, todo lo claro que me permitan los psicofármacos: cansado de ser hombre quiere decir cansado de sostener. Pero ¿habrá alguna identidad que exista sin esa vocación

enhiesta, como de abanderado de escuela? No hay caso: el hombre es el colmo de lo primitivo. Mientras la mujer es pura cultura —autoproducción, autogeneración: los *self made men* ya no existen, son sólo un mito ejemplar del capitalismo norteamericano, mientras que toda mujer es siempre una *self made woman*—, el hombre es la naturaleza misma: toda su identidad está armada a partir del efecto de una inyección de sangre en un órgano cavernoso. Y cuando a un hombre se le da por ser cultura... ¡deja de ser hombre! Es puto (o "puto reprimido"), es travesti (o "travesti reprimido"), es mujer (o "mujer reprimida"). O es Michael Jackson. Lo más notable de la identidad masculina es la cantidad inconmensurable de peligros que lo amenazan. Ser hombre es apenas vivir todo el tiempo la posibilidad de dejar de serlo. Así que hoy, julio del 2001, a treinta y dos años de 2001 *Odisea del Espacio*, mi ideal sería no ser hombre, ni mujer, ni gay, ni lesbiano, sino ser clásico. Ser todo para todos, como decía Borges. Ser siempre otra cosa pero —atención— irresponsablemente, sin tener la obligación de responder, y siempre y cuando la mutación no cueste mucho más que el esfuerzo de subir o bajar un interruptor o meter y sacar una plaqueta de una ranura del cuerpo.







MIS IDEAS SOBRE LA masculinidad LAS

MIÉRCOLES

Postrado en la cama, sin fuerzas. A duras penas puedo apuntar el control remoto hacia el televisor. Llegan desde el living —ni siquiera he podido levantarme para cerrar la puerta— las aventuras de Mono Liso. Es mi hija, que ha decidido hacer una retrospectiva María Elena Walsh completa. (A llorar a la iglesia: ¿o no fui yo quien le compró todos esos discos y libros con el argumento de que leyéndolos y escuchándolos “tendría mayor riqueza de vocabulario” que viendo Pokémon o Chiquititas?) Busco rápido algo que me distraiga: un documental sobre sabios autistas, una catástrofe natural, el ex policía contratado por Ilvem que todas las madrugadas explica ante dos docenas de extras impávidos un método infalible para memorizar cualquier cadena de palabras que incluya ítem como “artefacto” o “perseverancia”. Pero son las cuatro y cuarto de la tarde, y lo único que encuentro es *El satánico Dr. No*, un viejísimo James Bond con Sean Connery.

Primero veo la película con una remota curiosidad, como quien encuentra entre las páginas de un libro el cadáver intacto de una mariposa. Después, algo empieza a perturbarme. Las imágenes me son demasiado familiares. Es como si viera un súper 8 del viaje de bodas de mis padres: Bond, el smoking blanco, los cigarrillos largos, la felpa verde de las me-

sas de baccarat... (No veo a mi madre: es probable que se haya quedado en la habitación del hotel, con dolor de cabeza, o que ya hayan empezado a pelearse, inaugurando el régimen de hostilidades que culminará con el divorcio.) Pero no, no es sólo lo que veo sino lo que oigo: “patatús”, “piolín”, “santiamén”... Y yo, que me jactaba de no tener novela familiar, descubro que el mundo la compagina ahora en tiempo real, en mis propias narices. Mi novela familiar es una aventura del 007 con *Tutú Marambá* de música de fondo. A los 42 años descubro que soy hijo de James Bond y de María Elena Walsh.

JUEVES DE MADRUGADA

Insomne. A las cinco y media repiten *Dr. No*. Es parte de un ciclo: dan *todo* Bond. Llamo a mi ex mujer. La despierto, por supuesto. Le digo que si quiere saber cómo me hice hombre ponga el canal 35. Hay un ruido en la línea, como si el tubo del teléfono viajara por un rápido; una voz de hombre, mucho más masculina que la mía, me insulta con fruición, con una larga lentitud insolente. Creo percibir que cecea, pero cuando quiero confirmarlo me corta. Bond, James Bond. Sí: aprendí a ser hombre con James Bond. Hasta los once años, cuando un niño-gigante llamado Jorge Laborda apareció en la división del colegio con



APRENDÍEN LA ACADEMIA jamesbond

el portafolios hinchado de diminutas revistas pornográficas y reemplazó la simbólica masculina por la literalidad de la carnicería sexual, todas mis ideas sobre la masculinidad las aprendí de la academia Bond. No era sólo su condición de *homme à femmes*, importante, por supuesto, pero no exclusiva. Tampoco el arsenal de *gadgets* tecnológicos que le daban antes de cada misión, fetiches narcisísticos que la época —*small is beautiful*— condenaba a una pequeñez desconcertante. Ante todo, Bond me enseñó que el rasgo principal de la masculinidad es la *soltura*; es decir: una relación a la vez de propiedad y de perfecto desapego con el mundo. La máxima Kant de Bond era: *Actúa como si el mundo fuera tu hobby*. El mundo entero: autos, armas, idiomas, mujeres, comidas, deportes, peligros, arte, política, comida, ropa... (A su manera, menos reconocida de lo que debería, Bond es un fantástico espécimen de *homo encyclopaedicus*.) Hace de todo y todo lo hace bien, como si a diferencia del resto de los mortales, que al nacer tuvimos que pasar por el olvidadizo Leteo, él hubiese hecho un curso ultrarrápido para memorizar todos los saberes y disciplinas del mundo. En el fondo, la escuela Bond de masculinidad —el primer dogma masculino promovido por la institución publicitaria occidental— se funda en un principio de *donjuanismo* generalizado: ser hombre es ser capaz de apoderarse de todas las co-

sas del mundo *con placer* —la onda Atila ya no iba más en 1963—, pero también es ser capaz de *renunciar* a ellas en el momento mismo de poseerlas.

JUEVES, MEDIODÍA

Choco con mi hija frente a la puerta del baño: los dos pretendemos entrar al mismo tiempo. Bosteza; sus ojeras me alarman. "Me quedé hasta tarde leyendo *Zoo loco*", me explica. Sentada en el borde de la bañadera, con los pies descalzos suspendidos en el aire, me mira mientras me afeito. Tiene la boca abierta, como si asistiera a un prodigio o a un ritual de una tribu exótica. Mi ex mujer solía hacer lo mismo. Decía que mirarme mientras me afeitaba le hacía creer que estaba cerca de descifrar el enigma de ser hombre. La masculinidad sólo puede ser un *don*, y un don que sólo conceden las mujeres. Se me llenan los ojos de lágrimas; trago un poco de llanto mezclado con espuma de afeitar, una especie de licor de menta casero que me hace toser hasta las arcadas. Aprovecho el acceso de tos para disimular el llanto delante de mi hija.

SÁBADO

Me toca el portero eléctrico mi padre. Está extrañamente rejuvenecido; creo incluso que tiene más pelo que la última vez que lo vi. Necesita plata.

Hasta ahora vivía de lo que le pasaba una de sus ex mujeres, no me acuerdo bien cuál. El abogado de mi padre —un profesional turbio, con las manos llenas de oro, que conoció en el baño de un casino de provincia— había conseguido que el juez lo decretara "víctima de abuso psíquico" y obligara a la ex mujer, presunta responsable del abuso, a pasarle alimentos. Pero ahora estaban revisando el diagnóstico, y hasta que el juez no lo ratificara o rectificara, el régimen de manutención quedaba suspendido. Le pido que me espere: están dando *Goldfinger*. Lo oigo destapar latas, abrir y cerrar cajones, sacudir libros en busca de billetes olvidados. ¿Es él? ¿Es mi padre? ¿El mismo padre que 35 años atrás se besuqueaba en la boletería del cine Atlantic de Villa Gesell con la hija de la dueña, mientras nosotros, mi hermano mayor y yo, menores de edad, escondidos en el pullman del cine para burlar a no sé qué inspector imaginario, veíamos en la pantalla cómo Bond volvía a su habitación de hotel y encontraba a su chica desnuda en la cama, desnuda y bañada en oro y muerta? Para mí, si no era Bond, *el mismo* Bond, mi padre debía ser al menos su representante en Sudamérica. Era agente de viajes y viajaba mucho —cuando las aventuras de 007 empezaban a poner de moda la pulsión del turismo. Era jugador —cuando el *glamour* de las ruletas crecía y el azar psicótico de las finanzas se preparaba para destronar a la mística del trabajo. Se había divorciado de mi madre —cuando el divorcio sólo era moneda corriente entre los huéspedes de Hugh Hefner y sinónimo de jovial disipación colectiva. Le gustaba el whisky y jugaba al tenis —cuando hacer las dos cosas al mismo tiempo era el colmo de lo sexy. Usaba camisas con monograma hechas a medida. Tenía una vida vagamente sospechosa y doble, como la de cualquier agente secreto. "¿Qué hacés?", le grito desde la pieza cuando oigo un estrépito de vidrios en la cocina. Un rato después aparece, avergonzado, con una mano envuelta en un repasador sanguinolento, y se queda parado junto al televisor, haciendo que me mira pero examinando el cuarto con las esquinas de los ojos para detectar alguna guarida de dinero. Bond se viste en el televisor. Mi padre lleva unos pantalones de jogging que le quedan cortos: deben haber encogido con los lavados. "No quiero darte plata", le digo. Le propongo que me venda algo.

DOMINGO

Le doy \$ 10 por el viejo reloj Movado de bolsillo (que todavía funciona) y \$ 5 por el encendedor Dupont (que ya no prende). Le parece justo. (A los siete años yo hubiera dado mi vida —la vida que él y mi madre me dieron— por tener cualquiera de esos tesoros.) Los pongo en uno de los estantes de la biblioteca que mi ex mujer, aprovechando uno de mis desmayos, desvalijó antes de mandarse a mudar. Son las dos primeras piezas de mi próximo proyecto: un museo personal de la masculinidad. "También tengo los abotinados de gamuza", me dice, y los ojos le brillan con codicia. Digo que no con la cabeza. "Tienen la hebilla al costado", insiste, tentándome. "Va a empezar *Operación Trueno*", le digo. "¿Y una camisa de Castrillón?" "No". "¿Un paquete de Kent? ¿Un frasco de colonia Lancaster?" Lo miro a los ojos. "Me estás mintiendo", le digo. Está por engañarme, pero se arrepiente a último momento. "Sí", dice, "pero puedo conseguirlos". Tengo que empujarlo hasta la puerta. Antes de cerrarle la puerta en la cara le advierto que con esos pantalones de jogging no vuelve a pisar mi casa.

DOMINGO A LA NOCHE

Qué solo estoy. Dios mío. Pienso en todos los varones que alguna vez conocí, amigos, amigos de amigos, compañeros de trabajo (de cuando trabajaba), y los veo felices comiendo pizza, atontados de cerveza, limpiándose los dedos engrasados en los pantalones. Pienso: "Tal vez, si me gustara el fútbol..." No digo mucho; no: apenas lo suficiente para exaltarme y estallar y dejarme arrullar por la música anónima de alguna patria viril. Pero no: resulta que me gusta el tenis. El tenis, deporte solitario que, encima, ya ni siquiera es "el deporte blanco". James Bond, el tenis... ¿Qué futuro puede haber para aquel que se formó en la creencia de que masculinidad e individualismo van juntos? Es obvio que para que haya identidad masculina tiene que haber *más de un hombre*: la masculinidad es hoy una ficción gregaria. (Pero para comprender eso a tiempo, mientras estaba tierno, no tendría que haber ido a la escuela Bond sino al seminario Cassavetes, donde Hombre no es otra cosa que el nombre de un tipo particular de agrupamiento corporal y pasional, una forma de manada: una muta.)



Esso protege al yaguareté.

Desde 1996 Esso y Parques Nacionales trabajan en el Proyecto Tigre,
el programa de conservación del yaguareté en el Parque Nacional Iguazú.





TODOS me preguntaron AL UNÍSONO

Suena el teléfono; de golpe me acuerdo de que tengo un teléfono. Es Eric, el paseador de perros. Está inquieto porque hace rato que no ve a mi rottweiler en la plaza. ¡Rosa! De golpe me acuerdo de que tengo una rottweiler. Voy con el inalámbrico hasta la cocina, abro la puerta del baño de servicio y la encuentro tirada en el piso, medio muerta, con las fauces espolvoreadas de Cif ultrablancas y unas hebras de virulana asomándole entre los dientes. Parece una perra cocainómana. Eric me explica cómo hacer para lavarle el estómago. Cuando termina de darme las instrucciones me aconseja que la venda apenas se reponga. "¿Venderla?", le pregunto. "Ya no confía en usted", me dice Eric: "tenerla sería un peligro: es una raza rencorosa". Le pregunto si conoce algún grupo de autoayuda de dueños de rottweiler. No es bueno que el hombre esté solo, y como grupo de pertenencia algo así no estaría mal. Me dice que no, pero uno de sus clientes, dueño de un salchicha, organiza unos talleres de nueva masculinidad o algo por el estilo.

MIÉRCOLES

Mi hija cumple años. Lo festeja con un coetáneo de la escuela en uno de esos galpones con techo de chapa que alguna vez fueron playas de estacionamiento, ahora son itaiparks en miniatura y mañana

volverán a ser playas de estacionamiento. Pienso en cómo repercuten los sonidos en esos lugares y me acobardando, pero tengo que salir. Es cuestión de vida o muerte. Rosa ya tomó dos habitaciones y destrozó a dentelladas el cableado telefónico de toda la casa. Aparte de los varones de la clase de mi hija, soy el único hombre de todo el cumpleaños. Todas son madres. Me siento como en una película de ciencia-ficción, pero tengo un comportamiento social irreprochable. Hablo con las madres de la escuela, me quejo del precio de los útiles, del desorden de actos escolares a los que nunca voy, del menú del comedor —muy bajo en fibras—, y después me trenzo en unos rounds de *kick boxing* con los varones. Hago llorar a dos o tres y los consuelo a los gritos, con ademanes exagerados, para que las madres después no me culpen a mí de las fisuras de costillas que les descubrirán los pediatras. Ahora recuerdo por qué me gustaba ir a esos eventos de los que parecen huir todos los hombres: veo a los varones, veo a los padres que los pasan a buscar (siempre tarde, siempre de malhumor, como si para pasarlos a buscar hubieran tenido que interrumpir una sesión de jacuzzi), veo a los padres junto a sus varones, esforzándose tanto por ser iguales, por *ejemplificarse recíprocamente*, y vuelvo a sentir la felicidad extraordinaria de ser padre de algo tan extraño, tan radicalmente ajeno a mi especie, tan *marciano* como una hija.



¿y tú: ¿CUÁLESTU FALLA?"

JUEVES

Tocan a la puerta. Otra vez mi padre. Antes de abrir le pregunto cómo está vestido. "Dale", protesta. Lo examino por la mirilla de la puerta. El ojo de pescado lo deforma y lo vuelve un poco monstruoso, como una mezcla de enano y de gigante. Lleva los mismos pantalones de jogging de siempre. Le digo que no voy a dejarlo pasar. Desliza un sobre por abajo de la puerta. "Para tu museo", dice. Adentro del sobre hay dos recortes de revistas. Uno es un viejo aviso de un curso de fisicoculturismo por correspondencia. Lo reconozco enseguida. De chico solía encontrármelo siempre en la revista *Patoruzú*, en las páginas impares. Es un aviso-cupón: hay un par de renglones vacíos para llenar, recortar y mandar y una foto blanco y negro, con ese grano grande de las impresiones baratas, donde un hombre de unos treinta años sonríe, vestido con un suspensor blanco —se llamaban, creo, "anatómicos"—, mientras con los dos brazos extendidos parece sostener un manubrio invisible. Al pie del aviso está la frase que desveló mis años de niño: "Yo fui un alfeñique de 44 kilos". El hombre es Charles Atlas, pero durante años yo tuve la convicción absoluta de que era mi padre, o el nombre falso bajo el cual mi padre vivía su otra vida, la vi-

da que vivía cuando no estaba con nosotros. Me acuerdo que yo miraba la foto y pensaba: "¿Cuándo llegaré a ser un alfeñique de 44 kilos?" Sin darme cuenta me he puesto a llorar. Supongo que es la emoción del coleccionista. Sofoco las lágrimas, le ofrezco \$ 20 cash, ahora, ya mismo. "Mirá la otra", dice mi padre del otro lado de la puerta. "Cerrremos esta por \$ 20", le digo. "Se venden juntas o no se venden", dice él. No tengo alternativa. Abro el sobre otra vez.

Dios mío.

VIERNES

Mi encuentro con Willy Divito. El Divito de "las chicas de Divito". Mi padre tenía un restaurante llamado Catriel, yo dibujaba historietas, Divito solía cenar en Catriel. Mi padre armó la cita, un paparazzo de la revista *Panorama* la inmortalizó. Yo debo tener 7, 8 años; estoy vestido con el uniforme del colegio, no sé si porque fui a Catriel directo desde el colegio o porque es la ropa más elegante que tengo, y estoy sentado en la barra del restaurante, en uno de esos taburetes altos, incomodísimos, donde los hombres se sientan a beber y a fingir comodidad. Divito está al lado mío, muy bronceado, de impecable traje príncipe de Gales, con un *whisky on the rocks* entre las manos. Todavía oigo el tintineo del hielo contra el vidrio. (A es-

ta altura ya es un clásico de la masculinidad publicitaria, pero yo estuve ahí, ¡al lado del *original*!) Dada mi edad, y aunque mi padre es el mandamás del lugar, sólo se me ha permitido tomar una coca-cola; un barman misericordioso accedió al menos a servírmela en un vaso de trago largo. Ahí estoy, encogido y rubio, tratando de esconderme detrás de mi vaso, espionando a

boletín pasaran inadvertidas). Mi madre se deprimía; yo lloraba. A un amigo del colegio lo encerraban en el reformatorio Roca por desvalijar un auto en la calle; yo lloraba. Un *playboy* puede ser muchas cosas, pero hay algo que *no*: un chivo expiatorio. Yo era un chivo expiatorio: el mundo entero lloraba *a través de mí*. Hasta que un día me cansé. Estaba en el club, iba o venía de jugar

HAGO llorar a dos o tres y LUEGO lo consuelo con ademanes exagerados

ese tótem viril de Buenos Aires mientras él, aburrido por mi falta de conversación —Divito dibujaba chicas pulposas con cinturas de avispa; yo, historietas de ciencia-ficción cuyos personajes tenían nombres hechos sólo de consonantes: ¡dos artistas, dos mundos!—, mira fuera de cuadro, probablemente atraído por alguna camarera ávida de figuración.

SÁBADO

¿Por qué no fui un *playboy*?

SABADO A LA TARDE

Cerramos trato. \$ 45 por los dos recortes. Mi padre intenta sacarme \$ 50, pero hace casi dos días que está ahí, haciendo guardia en el palier, adelante de mi puerta, y está famélico, de modo que acepta mi oferta enseguida y huye escaleras abajo con la plata.

DOMINGO

Sé por qué no fui un playboy. Los *playboys* no lloran. Gunther Sachs nunca lloró. Roger Vadim tampoco. Yo sí, como loco. Hijo de una tradición pedagógica mixta —Bond y María Elena Walsh, la desvergüenza hedonista y el espíritu vigilante del progresismo—, soy hijo, naturalmente, de una operación contrafóbica típica: a mis antepasados hombres les prohibían llorar; *a mí me prohibieron no llorar*. Llorar tiene que ser cosa de hombres. Mis padres estaban orgullosísimos de mi sensibilidad. Yo era una especie de Hombre Nuevo (aunque no exactamente en el sentido guevarista de la expresión). Mi hermano mayor tenía problemas de disciplina en el colegio; yo lloraba (y falsificaba la firma de mi madre para que las alarmas en tinta roja de su

al tenis. Recuerdo la suela rojiza de mis zapatillas, la remera Pravia blanca, la vincha de toalla asomando del bolsillo como una lengua exhausta. Supongo que me puse a llorar por algo: un alud en Nepal, un perro atropellado en las vías del tren (tengo que hacer algo con Rosa, urgente), un amigo poeta abandonado por su novia... Me vi llorando en ropa de tenis y dije: no, esto así no va. Era como ver a James Bond regando de lágrimas el tapizado rojo de su Aston Martin.

LUNES

Bianca de Nanni Moretti en el Instituto de Cultura Italiana. Moretti es Michelle Apicella, flamante profesor de matemáticas de un liceo progre de Roma, el "Marilyn Monroe". El director, que tiene en su despacho un póster de Jerry Lewis y Dean Martin, organiza unas jornadas de pedagogía intensiva para los alumnos. Todos los profesores están reunidos. Michelle espía por una puerta entreabierta y ve al director enarbolando eufórico un póster de James Bond y exclamando: "¡James Bond! ¡La masculinidad en su máxima expresión!" Espantado, o probablemente reconciliado, Michelle escapa a la manera Moretti: patinando por los pasillos con sus invencibles zapatos de suela. Salgo de la película en un estado de beatitud. En una sola escena he visto los dos polos de mi vida como hombre: James Bond y Nanni Moretti, Apolo y el Bufón.

Estoy de tan buen ánimo que acepto ir con Eric a una reunión del taller de nueva masculinidad. Cada reunión se hace en una casa diferente; el anfitrión de turno cocina para todos —no importa qué: lo que sepa hacer, lo que "le salga", lo que lo haga "sentir bien"—, pero todos contribuyen llevando algo que

**Confiás en él porque
estás seguro de que quiere
lo mejor para vos.**

**Que bueno
que también confíes
en nosotros.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.lacaja.com.ar



Una gran compañía,
para la seguridad de la gente.



hayan hecho "con sus propias manos". Terminantemente prohibidas las rotiserías. Veo que Eric lleva una fuente envuelta en una bolsa de Hugo Boss. "Para disimular. Todavía no me acostumbro a andar con comida por la calle", explica. ¿Y yo, que no estoy llevando nada? (Es el horror total: pretender insertarse en un grupo de pertenencia y violar de entrada todas sus normas.) "No importa", me tranquiliza: "la primera vez no es obligatorio". Cuando bajamos del taxi veo que pliega la bolsa de Hugo Boss en cuatro y se la guarda en un bolsillo. "Me da vergüenza que sepan que me da vergüenza", dice. No lo soporto. Siglos de viajar, guerrear, saquear, violar, y el único botín con el que se han quedado los hombres es el miedo. "Vergüenza debería darte andar fingiendo adelante de tus pares", le digo, y en un raptó de intrepidez yo, que soy el nuevo, toco el timbre. Eric me mira desde abajo, empequeñecido por la mezquindad de su orgullo masculino, aferrado a su fuentecita de comida como a una balsa. Tengo una fantasía sádica: me gustaría desnudarlo, atarlo a una silla con un cinturón y azotar su asquerosa piel pelirroja con otro cinturón, uno de mujer, finito y trenzado, como de víbora.

MARTES

No quiero envanecerme, pero una verdad es una verdad, y si no la decís capaz que se te descompone adentro, o te intoxica, o explota. *Fui la sensación del*

taller de nueva masculinidad. Me recibieron muy bien, y eso que no me esperaba nadie. Hasta me dieron de comer. Eran seis: faltó el de la iniciativa, el del perro salchicha: parece que se hizo unas quemaduras de segundo grado en el taller de cocina naturista. Además de Eric, hay dos ex arquitectos, un ex diseñador gráfico, un ex director de escuela y un ex piloto comercial. Todos encantadores y desvalidos. Vidas arruinadas. De tanto *sostenerse* como hombres fueron perdiéndolo todo poco a poco, sin darse cuenta, como perdemos cada noche millones y millones de células en las sábanas, cadáveres de sueños que jamás recordaremos. Perdieron esposas, novias, hijos, profesiones. ¡Lo perdieron todo *con tal de* seguir siendo hombres! Ahora quieren reconstruirse. Van de a poco, como los alcohólicos rehabilitados. Apenas entramos me dieron una remera con el lema del taller: *Vos Sos Tu Falla*. Como los forenses reconstruyen la identidad de un criminal a partir de un pelo dejado en el cuerpo de la víctima, ellos quieren reconstruir su masculinidad a partir del desperfecto que siempre la empañó. Son artistas del tartamudeo, rengos expertos, genios de la cobardía, impotentes profesionales. Después de los diez minutos estipulados para los abrazos, pasamos al garaje y nos sentamos en semicírculo en unas sillitas muy bajas, pintadas de colores. "Antes dirigía un jardín de infantes", me dijo Eric por lo bajo, cabeceando disimuladamente hacia el dueño de casa. En un momento todos me preguntaron al unísono: "Y tú: ¿cuál es tu falla?" No supe qué contestar. (Me desconcertó mucho el "tú", tan de telenovela de la tarde —después me explicaron que era la fórmula bautismal de rigor, y que la idea era dejar aflorar "el componente kitsch que todos tenemos adentro".) Dos cosas me vinieron a la cabeza, primero remotas y pálidas, después deslumbrantes. Una, que recién empecé a tener pelos en el cuerpo a los catorce años. Hasta esa época, nada: lampiño como un delfín. De ahí el espanto cuando a los doce, en un banco del club donde jugaba al tenis, mi novia de entonces, una chica bellísima que mi hermano acababa de abandonar, levantó los brazos y me mostró con la naturalidad más atroz las dos matas de vello oscuro que acechaban en sus axilas, inmóviles y pérfidas como arañas pollito. (Creo que es en *Goldfinger* donde a Bond le meten una araña pollito entre las sábanas.) La otra era más o menos con-

temporánea. A los doce, yo no había hecho todavía ese primer servicio militar masculino que es "pegar el estirón". Era petiso, culón, "achaparrado", palabra que había leído alguna vez en una revista de historietas mexicana y que me parecía el colmo del desdén. No tenía granos, es cierto, pero estaba en una edad en que las absoluciones no valen nada y las culpas todo. Mi madre, alarmada, pensó en someterme al mismo tratamiento endocrinológico que tan buenos resultados le había dado a Pepito Cibrián, célebre, ya entonces, por su altura de junco. Pasé meses aterrorizado; cada vez que veía a Cibrián padre con Ana María Campoy en las revistas o la televisión no podía dejar de imaginármelos con guardapolvos blancos, barbijos, guantes de látex y un resplandor de impaciente lubricidad en sus ojitos de sabios locos. ¿Era eso una falla? ¿Dos fallas? No dije nada. Antes necesitaba entrar en confianza con mis compañeros. "No importa", me dijeron. Me dieron hasta la reunión que viene para contestar y me aconsejaron que usara la remera, porque "el lema", dicen, "ayuda".

Media hora más tarde estábamos todos atados a sillas, desnudos, azotándonos con la colección de cinturones de víbora sintética que la ex mujer del ex director de jardín de infantes se había dejado olvidada en un cajón del dormitorio. Ese fue mi primer éxito. El segundo fue cuando el ex piloto comercial —un ropero que come y bebe hasta reventar, desesperado por revertir el camino de gimnasio, dieta y anabólicos que alguna vez emprendió para revertir cierta ligera tendencia a acumular grasas— fue a cambiar la música y yo escuché los dos primeros compases y grité: "¡Los paraguas de Cherburgo!" Gran conmoción. Fue como si hubiera adivinado la contraseña de una célula de espías de la Mossad. "¿Te... gusta... *Los paraguas de Cherburgo*?", me preguntaron balbuceando, como cuando uno teme que lo que consideraba un milagro de comunión sea en realidad un vulgar malentendido. "¿Catherine Deneuve? ¿Nino Castelnovo? ¿Michel Legrand? ¡Me gusta es poco! Creo que en mi cuerpo hay un órgano que se llama *Los paraguas de Cherburgo*", dije. Me encantó poder desovillar adelante de un público tan cultivado las tardes que nos pasábamos con mi hermano encerrados en nuestra pieza, escuchando y cantando una y otra vez las canciones de Michel Legrand. El debía tener 9 o 10 años; yo 7 u 8.



Los dos hacíamos todos los personajes de la película: Geneviève, Guy, Roland Cassard, el joyero abominable. "*Bonjour Guy / Bonjour Geneviève...*" "*Nous sommes perdus / paparapa / Toujours les grands mots / paparapa / C'est abominable...*" "*Quelle beauté / Une pure merveille / C'est la caverne d'Ali Baba...*" Nos pusimos a cantar. Yo distribuía los papeles y corregía las pronunciaciones. Terminamos el ex piloto y yo haciendo la escena del final de la película, en la estación de servicio, bajo la nieve, cuando Guy y Geneviève vuelven a encontrarse después de mucho tiempo, ya casados con otros y con hijos. Para rematar, yo conté la vez que, en una fiesta, charlando con un representante de artistas español, cometí la infidencia de decir que era fanático de *Los paraguas de Cherburgo*. El representante de artistas levantó las cejas y, con tono clínico, me dijo: "Pues entonces eres gay, definitivamente". Mi historia desencadena un reguero de confesiones parecidas: quien más, quien menos, todos tuvimos nuestra brevísima temporada homosexual por culpa de *Los paraguas de Cherburgo*. Pero ninguno renegó. ¡Y ahora todos sabemos en carne propia lo que es salir del closet! Algarabía general. Mientras nos despedimos, decidimos por unanimidad que el taller se va a llamar *Los paraguas de Cherburgo*. La próxima reunión es en casa ■

Agradecemos a "Juana de Arco" y a "Erotidia" su ayuda para la producción de las fotos de esta nota.

FRASES QUE VALEN LA PENA

CON LAS MUJERES NO HAY MANERA

BORIS VIAN

LA CASA ES MUJER

ARIEL ARANGO, LOS GENITALES Y EL DESTINO

TANTO POR LA FATALIDAD DE SU ANATOMÍA "ABIERTA"

COMO POR SU SITUACIÓN SOCIAL, LA MUJER ESTÁ

EXPUESTA A TODO TIPO DE PELIGROS

OCTAVIO PAZ, EL LABERINTO DE LA SOLEDAD

ES FÁCIL MORIR POR UNA MUJER,

LO DIFÍCIL ES VIVIR CON ELLA

LORD BYRON, IRREVERENCIAS

EL DISCURSO DE LA AUSENCIA LO PRONUNCIA LA MUJER.

Y TODA VEZ QUE LA AUSENCIA

ES SEÑALADA POR UN HOMBRE,

LO FEMENINO SE DECLARA EN ÉL

ROLAND BARTHES, FRAGMENTOS DE UN DISCURSO AMOROSO

MI CABEZA SE NIVELÓ A TU CABEZA

ALFONSINA STORNI

ME ENCONTRABA DE NUEVO MÁS VACÍA QUE UNA MUJER ABANDONADA

MARGUERITE YOURCENAR, FUEGOS

HOMBRES NECIOS QUE ACUSÁIS A LA MUJER SIN RAZÓN

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ANATOMIA ES EL DESTINO

SIGMUND FREUD, SOBRE UNA DEGRADACIÓN GENERAL DE LA VIDA ERÓTICA

EL HOMBRE DEBE SER EDUCADO PARA LA GUERRA

Y LA MUJER PARA SOLAZ DEL GUERRERO

NIETZSCHE, ASÍ HABLÓ ZARASTUSTRA

AL HOMBRE LE CONVIENE UN ASPECTO NEGLIGENTE.

OVIDIO, EL ARTE DE AMAR

DEJA QUE TU CUERPO SE ENTIENDA CON OTRO CUERPO

PORQUE LOS CUERPOS SE ENTIENDEN

PERO LAS ALMAS NO

MANUEL BANDEIRA, ANTOLOGÍA DEL MODERNISMO

MUCHAS VECES HICIMOS EL AMOR CONTRA NATURA,

A FAVOR DE NATURA O IGNORANDO A NATURA

FERNANDO DEL PASO, PALINURO DE MÉXICO

EN EL MOVIMIENTO DE DISOLUCIÓN DE LOS SERES,

AL PROTAGONISTA MASCULINO LE CORRESPONDE UN PAPEL ACTIVO;

LA PARTE FEMENINA ES PASIVA. PERO TODA LA

OPERACIÓN ERÓTICA TIENE COMO PRINCIPIO UNA DESTRUCCIÓN

DE LOS ROLES A JUGAR POR CADA PARTICIPANTE

GEORGES BATAILLE, EL EROTISMO

LA TRADICIÓN DE LOS VARONES PARECE HABER CONSTITUIDO

REYES Y CONQUISTAS; LA NUESTRA NO LIDIA CON EL PODER

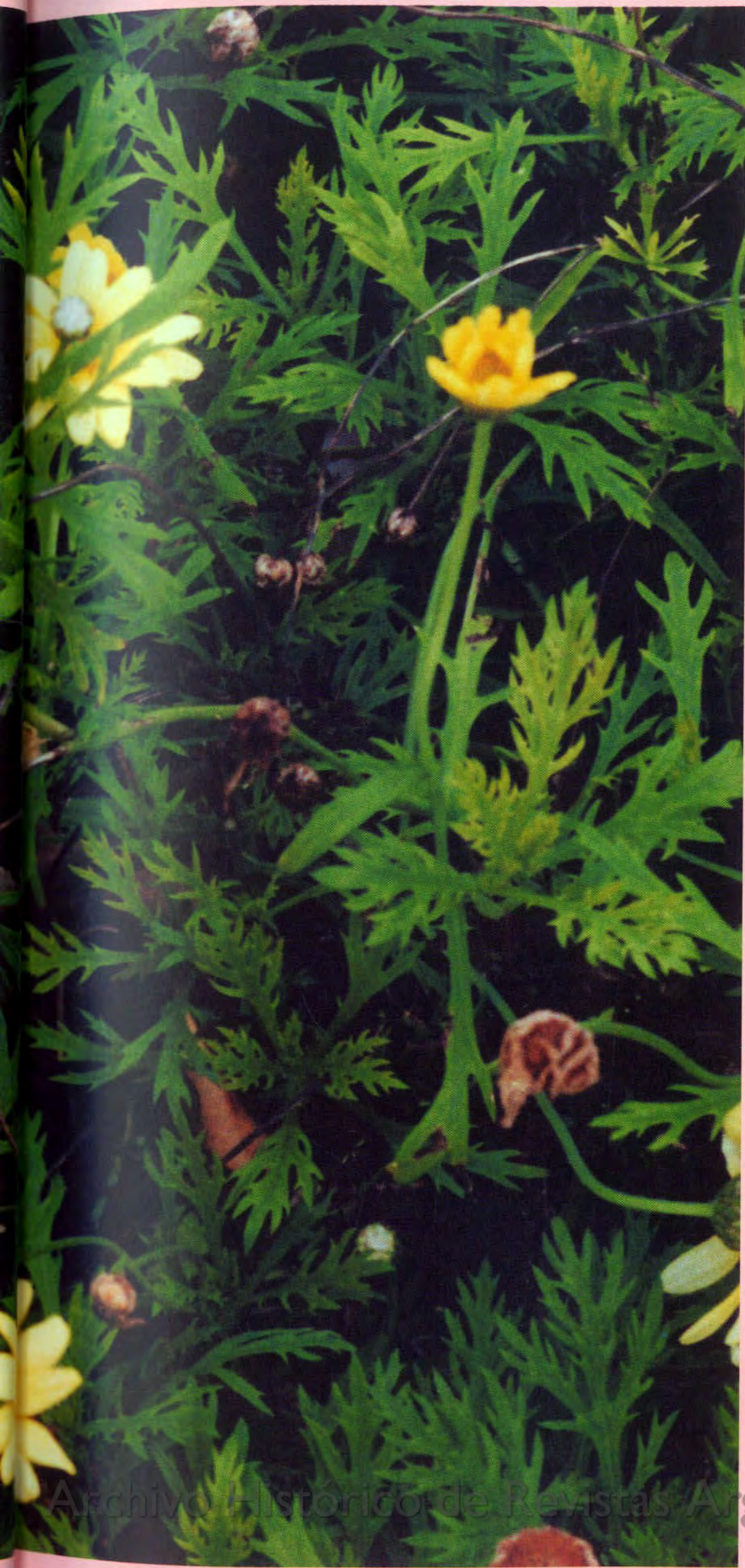
SINO CON EL CUIDADO DE LA VIDA

DIANA BELLESI, DIARIO DE POESÍA

FOTOS Gabriela Schevach

me gusta ser mujer

(y odio a las histéricas)



Un día mi padre me llamó y me explicó lo de la semi-llita, acariciándome la cabeza como si me estuviera dando el pésame. Entendí así: entendí que el hombre metía un brazo adentro de la mujer -no me pregunten por dónde-, y que con los dedos -que en mi imaginación tomaban la forma de una tenaza que tenía mi abuelo Elías- plantaba una semilla. El procedimiento me pareció asqueroso, humillante y quirúrgico, pero enseguida vi que había solución:

-Yo voy a hacer al revés, le voy a meter una semilla a un hombre.

-No.

-¿Por qué?

-Porque no.

"Porque sí" y "Porque no" eran dos respuestas con mucho rating en casa, pero después de esta explicación botánica, mi educación sexual tuvo todavía otro capítulo. Eran las cinco de la tarde de un año en el que tuve siete años. Volvía a casa caminando con Paola, una compañera de colegio, y el grito llegó como un baldazo: dos varones de séptimo grado, desde la vereda opuesta. Paola se arreboló. Le pregunté qué quería decir lo que nos habían gritado, y me mintió que no sabía. Paré a tomar la leche en casa de mi abuela Any y disparé:

-Abue, ¿qué quiere decir "las vamos a coger"?

-Quiere decir que te quieren tocar. Es algo que te hacen los varones. Es muy feo.

A los siete años, entonces, estaba segura de cuatro cosas acerca del sexo: a) que consistía en la introducción de una semilla; b) que eso probablemente se llamara coger -yo era intuitiva-; c) que se hacía con las manos o con tenazas; y d) que era algo muy feo que hacían los varones y que las mujeres, probablemente, padecíamos.

Putas. Eran todas putas. Las que atendían al sodero en bata, las rubias, las viejas que no usaban enagua. Si



caminabas moviendo el culo, eras puta. Si volvías a tu casa después de las once de la noche, eras puta. Puta era la que iba al colegio con las uñas pintadas, puta la divorciada y puta la hija de la divorciada.

En Junín, provincia de Buenos Aires, la ciudad donde viví hasta mis diecisiete, la vida era complicada si nacías varón: había demasiadas opciones. Pero si nacías mujer era fácil. Tenías que tomar una sola decisión: eras casta o eras puta. Y si eras como yo —estudiosa, clase media, hija de padres respetables— se descontaba que puta no, y que te ibas a casar con el himen enterito, si era posible con tu primer novio.

Ahora tengo 34, vivo en Buenos Aires desde los 18, comparto casa con Diego hace 6 y me piden que escriba sobre lo que me hace mujer. Lo que me ancla del lado hembra de las cosas. Se me ocurre que a) no quiero escribir unos párrafos que pudieran someterse al título "Me gusta ser mujer"; y b) que ser mujer en Junín fue una experiencia cercana a lo vergonzante e

imposible de obviar porque allí empezó todo.

Yo era un dechado: once añitos, moralista, recatada. Mis padres no me dejaban usar tacos altos, ni polleras cortas, ni maquillaje. Mi madre me promocionaba como si yo me mantuviera alejada de las tentaciones por voluntad y no por prohibición.

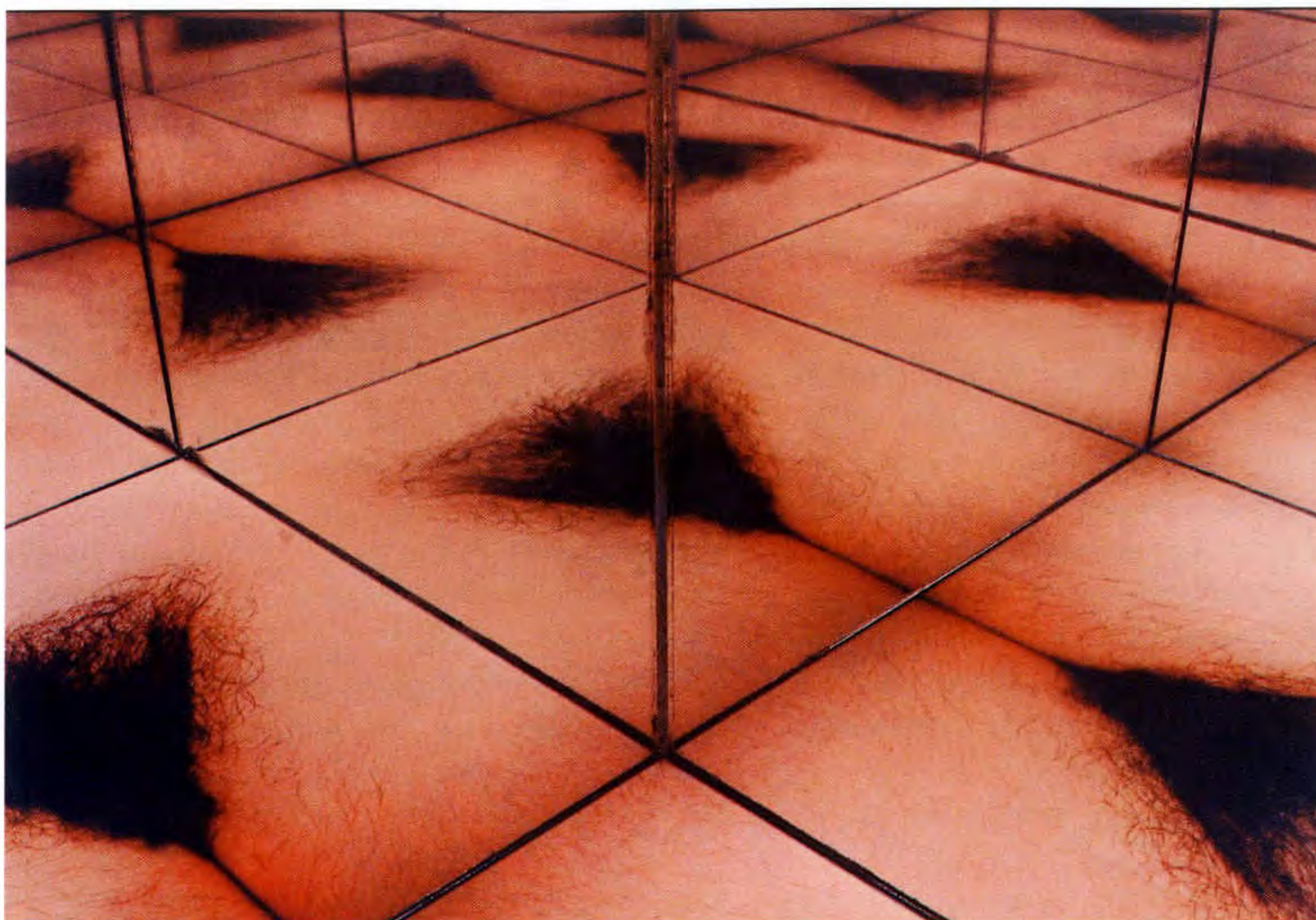
—Ay, qué grande que está— decían sus amigas, y mamá completaba:

—Sí, es muy madura para la edad que tiene.

Madura quería decir que yo no contradecía sus órdenes y que, por lo tanto, nadie me había besado ni tocado y que, aunque a escondidas leyera la *Justine* del buen marqués y me agarrara bruta calentura, las cosas seguían bien porque nadie se enteraba. La inocencia iba primero, y no importaba mucho si era real o fingida: importaba lo que estaba a la vista.

Y lo que estaba a la vista era yo, tan casta.

El sexo prometía más amenazas que el hombre de la bolsa. Entonces, era mejor no averiguar y mantenerlo



lejos. Fue así hasta mis nueve o diez años, cuando le pedí explicaciones a una amiga mayor.

—Me explicás todo, ya.

—No, me da vergüenza.

Acá había algo interesante. Le ofrecí mi Mental Top a cambio de algunas precisiones, nos encerramos en mi cuarto y me explicó. Me dio impresión. Sobre todo, lo del pito. Suponía que esa cosa parecida a un tornillo, que sólo había visto en los bebés o en mi hermano menorísimo, tenía que adquirir una consistencia casi metálica. El pito pasó a ser un arma amenazante y escondida. En un baldío cercano a la escuela, las paredes estaban repletas de unos dibujos como aviones con alas desplegadas y grandes soles oblongos con pestañas (unos sexos que ahora se me ocurren aterradores), pero los aviones y los soles pestañudos no se parecían a nada que yo guardara bajo la bombacha o que adivinara detrás de las braguetas que husmeaba con discreción. Tenía miles de dudas, pero pánico de

compartirlas con mis amigas. Es que en mi pueblo todas éramos vírgenes pudorosas hasta el casamiento. Todas.

Yo era capaz de matar por esta convicción. Así era yo. Boba. No creía en dios pero confiaba en El Himen. Mi amiga mayor, la que me explicó los rudimentos del sexo, tuvo cuatro hijos. Cinco años después de casarse, dejó estudio y empleo para mudarse a un pueblo de dos mil habitantes donde su marido había encontrado un trabajo que lo conformaba.

No sé en qué pensó mientras se mataba. No sé por qué se mató. Sé lo que pensé cuando la vi en su cajón: que había que tener cuidado. Que después de todo, la fórmula perfecta de la felicidad (hijos, marido, la casita con césped) podía no ser la fórmula perfecta de la felicidad.

Pero yo era joven, estaba rabiosa, se había muerto mi amiga y el mundo me debía una. De todos modos, me mantuve alerta.

Es noche de martes.

Diego lava lechuga. Yo corto cebollas, pico tomates, controlo una salsa. Abrimos un vino. Después de comer, cruza sus cubiertos y me dice que qué bien cocino. Que soy rebuena ama de casa. Ahora —mucho confianza y años juntos— sólo finjo que me enoja y él, que me conoce, finge que se sorprende con mi ceño fruncido. Sabe que me gusta cocinar y tener la casa ordenada, pero sabe, también, que imagino el infierno bajo la forma de las tareas del hogar como ocupación obligatoria y excluyente. Tenemos cuentas separadas, casa compartida y responsabilidades iguales. En fin: casi. Porque si bien no hay nada que sea tarea exclusiva de Diego, sacar la ropa del tendedero y guardarla en los placares es una de esas cosas que "si-no-las-hago-yo-no-las-hace-nadie". A Diego, simplemente, no le importa ver la ropa colgada durante meses, y yo prefiero que las medias y los calzones no me arruinen la vista del balcón, de modo que una vez

bles— de mi educación de buen partido: prolija, limpia y ordenada. Cosas que aprendí de mi madre: perfumar la casa con cascarita de naranja, sacar las frazadas al sol.

Cosas que, confieso, me gustan.

Pero también trató de enseñarme otras que no me gustaron tanto.

En 1979 yo ni soñaba en compartir mi vida con un hombre, pero tenía doce años y supongo que mi madre habrá pensado que era momento de hablar por primera, y única vez, de mujer a mujer.

—Nena, vos ya sabés lo de la menstruación, ¿no?

Sí, yo ya sabía. Me recordó, entonces, lo que ella creía importante: en esos días no convenía que me bañara, tomara sol o hiciera gimnasia, mirá que la Patri, la chica de la esquina, se metió en esos días en un río cordobés y le dio tremenda hemorragia. Y ni hablar de tampones.

Pero el mismísimo día de mi primera menstruación

NO HUBO dolor. EL NO SE DIÓ CUENTA Y PARA MÍ NO TUVO importancia

por semana me transformo en mi mamá, que volvía del fondo con una parva de sábanas oliendo a sol, y junto la ropa recién lavada. Cada tanto me canso y revoleo mi derecho a la igualdad, entonces Diego dice con ternura "Sí, gordita, tenés razón", dobla un par de remeras y a la semana otra vez: ahí voy yo, juntando broches por el balcón. También soy la encargada de la sección "Comidas difíciles" (Diego es del Club del Bifecito a la Plancha, si le toca cocinar). Si llego tarde a casa sobre el pálido desierto de la mesada lucirá, con suerte, el laguito rojo de un tomate cortado al medio. Si es Diego el que llega tarde, de guacamole para arriba, habrá de todo.

Antes pensaba que estas cosas —el orden, la comida caliente, una casa agradable— tenían que ver con cierta sensibilidad femenina en la que, por cierto, me cuesta creer: tengo amigos varones que viven solos y sus casas son tan agradables como la mía y cocinan mejor que yo. Prefiero creer que son síntomas —visi-

me di una ducha de dos horas y me fui a mi clase de guitarra, atenta a posibles dolores, hemorragias de hecatombe. No pasó nada. De a poco subí la apuesta. En esos días hacía más gimnasia, corría más, saltaba más alto. Mi cuerpo respondía con orgullo. Ningún espasmo. Ningún flujo imparable. Al poco tiempo descubrí que los tampones no estaban contraindicados para chicas vírgenes.

Después de eso, el amplio folklore menstrual (no había que tomar aspirinas porque te morías desangrada, había que comer remolacha porque te hacía sangre, el Evanol te daba cáncer) empezó a parecerme muy ajeno. Me gustó menstruar. Aunque en el barrio era una enfermedad que había que soportar con discreción (la mamá de una amiga no se lavaba las manos cuando menstruaba: se las repasaba con un trapo húmedo, no fuera cosa...), empecé a mencionar el asunto sin pudor en mi casa.

—Me indigné —tiraba, a la hora del almuerzo—. Ay.



CHAT CON LA TRAVESTI

LOHANA BERKINS

Holböll Quintiery

El género, los roles que le caben a cada sexo y la crisis de los moldes fijos son los temas de este mes. Por eso nos pareció una buena idea realizar el chat con Lohana Berkins, una travesti que escribe sobre su vida cotidiana en este mismo número de Latido. La cita es el martes 18 de setiembre a las 21 horas. No te pierdas la posibilidad de conocer y debatir sobre lo masculino y lo femenino con una persona que se codea muy de cerca con las dos identidades... y forma una tercera.

<http://latido.terra.com.ar>



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR

terra

Internet,
más tuya que nunca.

Me duele un ovario.

Mi padre se compadecía en silencio, mamá clamaba por discreción y mi hermanito preguntaba "¿Qué dijo, qué dijo?", pero nadie se animaba a hacerme callar. Una mujer menstruante era, antes que nada, una persona inimputable.

—¿Tango!? ¿Vos!?

Preguntó mi madre en el teléfono y yo dije que sí y a ella le pareció espantoso.

—¿Esa música de viejos, qué decadente!

Mi amiga Mariana dice que probablemente tratar de explicarle a mi madre por qué por estos días Diego y yo estamos aprendiendo a bailar el tango sería como que dentro de cuarenta años un grupo de personas de treinta y pico intentara explicarnos a nosotras por qué ellos se juntan los sábados para escuchar a Menu-do y Los Parchís. Es probable. De todos modos, Diego y yo estamos aprendiendo a bailar el tango, y nos gusta, y juro que no sé por qué todos en las clases se sienten obligados a subrayar con una sonrisita socarrona cualquier alusión al machismo tanguero, pero nadie que yo conozca se altera con la publicidad televisiva del pan lactal en rebanadas Bimbo.

Pan Bimbo, toma uno: en un recinto repleto de hombres, una mujer se tapa la corredura de la media antes de levantarse y caminar a sala traviesa; otra muchacha, esta vez en una obra en construcción, habla por su celular mientras, maternalmente, le calza el casco a un obrero que no lo lleva puesto. Escena final: una mujer les sirve rebanadas de pan Bimbo a sus hijos. Una voz en off —de hombre— dice: "Las mujeres cambiaron, pero siguen siendo mujeres". ¡Ey! Yo no soy una "mujer en rebanadas Bimbo". A mí no van a darme permiso para hacer lo que quiero siempre y cuando cumpla con el sacrosanto fin reproductivo.

Si le pido a Diego que mencione siete diferencias entre hombres y mujeres dice "Ninguna", y después dice "Sí, las tetas" y después dice "No, tampoco", pero todos mis amigos están convencidos de que una madre es más importante durante los primeros años de vida de un crío que un padre.

—Y aparte de la teta, digamos, ¿qué te parece a vos que el padre no le puede dar al chico? —pregunto.
—Muchas cosas —dice mi amigo Juan—. La madre es

Siempre fui así. A los seis o a los diez ni loca hubiera cambiado un juego de muñecas o de comiditas por cualquier otro, por más excitante o novedoso que pintara. Todo lo que no girara alrededor del dulce hogar —con excepción de "la maestra" ya que parece que me había calado hondo eso de segunda madre y por lo tanto formaba parte de lo mismo— recibía el despreciable e inamovible rótulo de "juego de varones".

Sin embargo, podía llegar a aceptar algunas cosas unisex para que mi hermano y sus amigos y también los primos tuvieran cabida y la cosa no se pusiera tan aburrida.

Entonces me enganchaba con el Ludo o la Escoba del quince con la idea de jugar de vez en cuando sin que pesara sobre mí la acusación de mala madre.

El Estanciero y el Scrabel vinieron después, cuando el "susanismo" se amplió y sofisticó e incorporó la omnipotencia. Entonces la ecuación del mandato familiar pasó a ser: esposa-madre-ama-de-casa pero también "profesional perfecta". Algo así como que se puede ser todo a la vez pero no se admiten fallas en ningún rol.

Durante la adolescencia no hubo dudas: ¿qué querés ser cuando seas grande? Primero quiero triunfar en una carrera pero también quiero casarme y tener hijos (y ocuparme personalmente de mi familia). En ese momento esa idea loca parecía naturalmente factible. Y no hubiera admitido abandonar la ilusión de ser una mujer "completa".

Fin de una etapa.

La llegada a Buenos Aires, por lógica, complicó el panorama. Ya no sólo no era tan fácil dominar el tablero completo sino que cada ficha se convertía en una dificultad y un misterio en sí misma. Y cada vez dudaba más de la posibilidad de compatibilizar lo familiar y lo profesional.

Claro que, aunque en ese momento la balanza se inclinaba nitidamente hacia la búsqueda de logros en el plano laboral, seguía decidida a no renunciar a nada. A



esa altura ya se me notaba como marca de fábrica el voluntarismo.

La buena pareja llegó, como suele suceder, en el momento menos pensado. Los hijos también llegaron con el dolor infinito de haber quedado el primero en el camino. En fin: mi vida se llenó de lugares comunes. Esos que hacen que no dude cuando me preguntan cuál ha sido el día más feliz y conteste "cuando nacieron Julia y Guido", a pesar de la tortura de las contracciones, la doble cesárea y la depresión postparto. Tantas frases hechas que me acercaron mucho a la nena que no dormía tranquila si no daba el beso de buenas noches a todos sus bebés de goma y peluche. Por supuesto, después del tremendo shock que supone la maternidad aparece lo obvio: aquella Susanita original —por suerte— ya no existe más. Entonces comienzan a desplegarse el nuevo rompecabezas donde las piezas amagan con encajar y terminan por mostrar grandes agujeros. Más vale aclararlo de una vez: a partir de la aparición de esos enanos malditos ningún pensamiento y ninguna acción empiezan y terminan con coherencia. Dejar a un bebé para retornar al trabajo por primera vez se vuelve siempre una mezcla de culebrón mexicano y Pesadilla III: me alegro por volver a ser algo más que una teta, me aterro porque le pase algo mientras yo no estoy, me alegro porque puedo hablar de otras cosas que no sean pañales y chupetes, enloquezco de sólo pensar que ese taxi donde estoy subida puede chocar y dejar huérfano a mi bebé... Ya no hay salida. Si la elección es angurriente —como fue mi caso— y se elige TODO, a la larga se admite (no sin

sufrimiento) que no existe la más remota posibilidad de perfección en ningún plano. Las pocas oportunidades de armonía son efímeras. Por más vueltas que se le dé a la cosa, resulta imposible estar al mismo tiempo en el acto de la escuela y en la presentación de un proyecto interesantísimo que imaginamos nos va a reportar fama y dinero pero que implica viajar mucho y por lo tanto estar poco con nuestros hijos. De cualquier modo, para bajar la angustia cabe preguntarse a menudo si se trata de una elección. Y qué tipo de elección. Las preguntas clave, dignas del más correcto "manual de la mujer moderna" parecen ser: ¿hasta dónde soy capaz de llegar? ¿A qué me banco renunciar y a qué no? Yo, queridos amigos, me las hago todo el tiempo y las respuestas resultan siempre diferentes. Aunque en el fondo —y esto tiene cierto dejo de frustración— sé que mis hijos encabezan solos el ranking. No hay nada que les pueda hacer sombra. Que ellos estén me sigue maravillando cada día, a pesar de las broncas, de la carga a veces insoportable que supone haberlos traído, de la herida narcisista de ver que no siempre son como me gustaría que fueran o de la tentación constante de culparlos por mis fracasos... A pesar de que en teoría continúo pensando que el ser mujer no depende de la maternidad, no se me ocurre otro motor más potente para funcionar en este mundo. Admiro a mis amigas que decidieron no tener hijos, pero secretamente espero que en un momento dado algún reloj les suene y cambien de opinión. Mi hija pinta bastante Susanita y no sé todavía si eso me hace feliz. Sigo teniendo la fantasía de la omnipotencia femenina con aplausos. Estas mujercitas del siglo veintiuno tal vez lo logren.

irreemplazable.

Cuentos chinos, digo yo. Excusas para cargarles a las chicas todo el sambenito de la crianza. Prueben, si son hombres, a pedir una licencia de tres meses en el trabajo para criar. Una larga carcajada será lo que reciban.

No.

Eso a nadie le parece sexista.

Pero el tango... ah, señores; el tango sí. El tango es la fuente de todos nuestros males.

Un día el himen, ese pedazo de piel responsable de tanto escándalo, dejó de parecerme importante. Había leído tanto sobre sexo —en los libros que no me dejaban leer, en las revistas que se suponía que no leía— que podría haber dado clases en un burdel, virgen y todo como era. Sabía que la pérdida de la virginidad era un rito de pasaje del que los hombres se sentían responsables y al que las mujeres le tenían pavor. Decidí que no iba a permitir que nadie cargara con la responsabilidad de haber finiquitado el parchecito. No diré ni cómo ni cuándo, pero no hubo sangre. No hubo dolor. El no se dio cuenta y para mí no tuvo la menor importancia. Fue como yo quería. Sigo pensando que las mujeres cargamos con demasiadas funciones y órganos sobrevaluados. La virginidad, la menopausia, la menstruación, el primer polvo, los ovarios. Y, claro, el embarazo.

Nunca quise tener hijos.

Nunca me conmovió la idea de parir. Todavía me divierte el asombro que producen las palabras "no quiero": hay quienes elaboran un consuelo ("Bueno, ya te van a dar ganas"), ensayan sospechas ("No podrá y dice que no quiere") o se enojan ("No podés ir en contra del instinto materno"). Mi caso es más simple. No quiero. Nunca quise. No tengo ganas. Ni siquiera pienso en eso todos los días. Diría que ni siquiera pienso en eso todos los años.

El oficio me llevó a hacer entrevistas con madres solteras, casadas, divorciadas, adolescentes. Todas recitan que los hijos te hacen olvidar de las dificultades, que el único sacrificio que hace una madre es no poder estar con ellos tanto como quisiera. Tanto consenso en el lugar común termina por no querer decir nada y despierta sospechas de sentimientos algo más bajos, inconfesables. Nunca me conmovió el parto



con padre al lado, ni entiendo la sacralización de las embarazadas que vuelven, por obra y gracia de la hinchazón, a ser nenas inexpertas receptoras de todo tipo de consejos: "comé yogur, comé lentejas, tomá calcio, tomá leche". ¿A ninguna le incomoda esa condición de caballo de Troya, de envase sobre el que todos tienen derecho? Hace poco una amiga, embarazada, se quejaba porque su obstetra la obligaba a hacerse decenas de análisis que ella creía innecesarios.

—Me hace perder un montón de tiempo. Los médicos piensan que sos una persona que está en su casa tomando licuados de vitamina y esperando que nazca el baby. En las salas de espera está repleto de embarazadas leyendo el *Para Ti*, aburridas, resignadas, y vos mirando el reloj porque a las once tenés una entrevista con el presidente de la primera aseguradora del país por un juicio millonario.

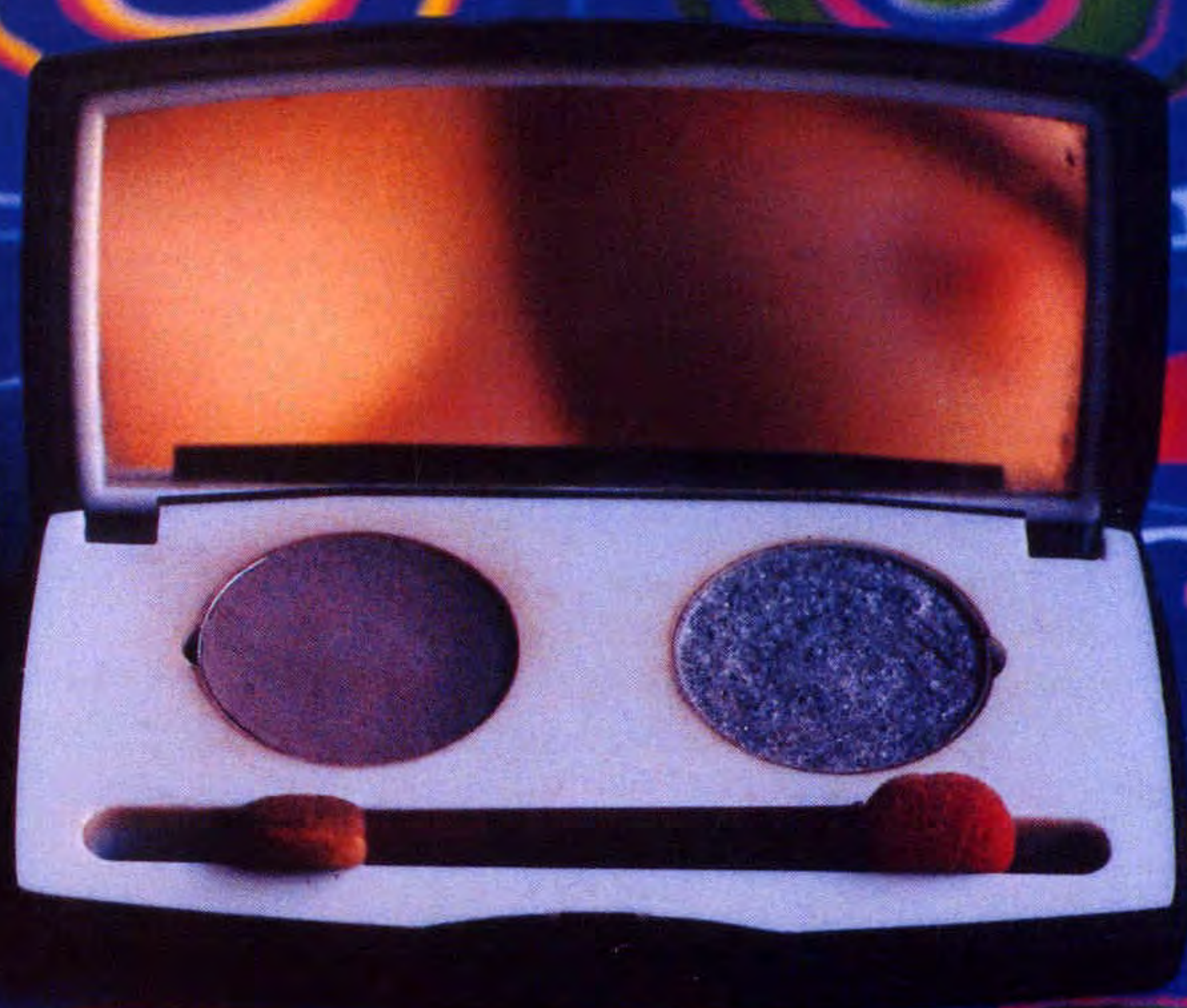
Mi amiga es abogada.

Los hijos, creo, son un tema sobredimensionado.

No todo el mundo necesita tenerlos.

No creo que haya mucho más que decir al respecto.

A los 18 me mudé a Buenos Aires para estudiar una carrera universitaria. Tenía vocación para las matemáticas, el cine y las letras, pero estudié Turismo. Todavía me pregunto por qué. Cinco años después obtuve al mismo tiempo un título de licenciada y una confusión tan grande como el iceberg que hundió al Titanic. Mis padres no se mostraban dispuestos a mantenerme, y ahora que ya no estudiaba tenía dos opciones: trabajar o casarme y ser una señora en relación de dependencia. Tenía un novio, pero preferí buscar empleo. Conseguí un trabajo de nueve a cinco en una agencia de viajes. A los seis meses decidí que había estudiado la carrera equivocada y que me deprimía venderles viajes a los demás: la que tenía que viajar era yo. Además, quería escribir. Renuncié.



Fue mi etapa de caída libre sin paracaídas en La Vida Real y el aterrizaje casi me mata. Tenía veintiún años y creo que enloquecí.

Conseguí un empleo de vendedora en Cacharel.

Vendí tres tapados, me sentí miserable desde la hora del almuerzo y me escapé sin reclamar ganancias. Esa misma semana entré a trabajar en una óptica y el dueño, un señor encantador, me dijo: "Hija, vos estás para otra cosa". Decidí que tenía razón, hice mis valijas, cerré mi departamento y volví a Junín, donde terminé siendo cajera de un autoservicio. Me concentraba en dar bien el vuelto, le ponía precio a la mercadería y no podía parar de preguntarme "¿Para esto nací?". En mis ratos libres escribía cuentos y pensaba que todos debían sentirse destinados a algo más importante pero tenían que conformarse con marcar latas de tomates: yo no tenía por qué ser la excepción.

La Vida Real era una pesadilla. Entonces hice mi gesto heroico de la década: volví por un par de días a

Buenos Aires y, sin conocer a nadie del mundo periodístico, dejé unos cuentos cortos en la recepción de *Página/12* a nombre de Jorge Lanata. Tenía esperanzas de que los publicaran en el suplemento *Verano/12*. Dos semanas después, papá me despertaba a gritos porque en el *Página* de ese día habían publicado uno de mis relatos en la contratapa, donde solían firmar Gelman y Soriano. Llamé y me pasaron con el mismísimo. Fue como hablar con San Martín. A los tres o cuatro meses, y sin saber quién era yo, el hombre me ofreció trabajo en *Página/30*. Acepté, claro. Me recibió en su oficina y me dijo: "Andá y defendete como puedas. Por lo demás, y en cualquier ámbito, cuando te cierren las puertas no las golpees: tiralas abajo a patadas". Desde ese día no lo vi más, salvo alguna excepción impersonal que no cuenta.

El oficio no fue fácil, al principio. Para ese mundito intelectual yo no dejaba de ser la chiriza tímida que llegaba del interior; el paracaidista gaucho. Alguien

sobre quien pesaban todo tipo de sospechas: por qué estaba ahí, a quién conocía, hija de quién era, espía a sueldo de cuál. Pero que yo fuera mujer era un detalle: daba igual. Siempre hay alguien que supone que se ganó el derecho a entrar en tu cama por pagarte el café de máquina del pasillo, pero esos son ripios muy menores. En lo que verdaderamente cuenta, el mundo laboral se dividió para mí en "notas que me interesan" y "notas que no estoy dispuesta a hacer". Por lo demás, hice lo que me enseñaron en la única clase de periodismo que recibí en mi vida: me defendiendo como puedo y pateo hasta que se caen las puertas que no se abren.

Pero ni entonces ni ahora creí que esta fuera una fórmula sólo apta para mujeres.

Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos. Yo, una vez, escribí un artículo sobre mujeres en el rock. Cuando llamé para proponerle una entrevista, Celeste Carballo, sin conocerme y por teléfono, gritó que periodistas como yo hacían que la

con afeites tramposos. Por ser amigas, no podíamos ser más distintas. Ella era un canto al engaño y yo, de chica, había querido ser un cowboy para no tener más pertenencia que mi caballo; manicura, pedicura y cosmetóloga son tres deidades que ignoro y a las que ella les dedicaba semanal pleitesía. La dejé de ver cuando se puso tetas. Un día me llamó, me dijo tenés que venir a ver cómo me quedaron, fui y me esperaba con dos vasos de vino, media pizza y una teta -vendida- en cada mano.

-Tocá, tocá.

Pidió. Yo toqué, por no despreciarla y aunque la cercanía de un cuerpo femenino siempre me pone tensa. Quiero decir que no estoy acostumbrada a tocar mujeres, pero aquella noche sonreí, le toqué un poco las tetas y mientras mordía una porción de muza dije: -Mumm lindas. Te quedaron mumm, mumm lindas. No la vi más -las tetas, supongo, la alejaron de mí para acercarla más a los hombres y a la peluquería-, pero todavía me provoca cierta ternura ese despliegue

diego DICE "sí, gordita, TENÉS RAZÓN"
Y DOBLA UN PARDEREMERAS

música hecha por mujeres continuara siendo música de gueto, que nunca iba a participar en una nota tan miserable y que, además, me instaba a que renunciara ya mismo a la redacción y publicación de semejante engendro. No le hice caso. Encontré muchas bajistas, cantantes y guitarristas que tenían bastante para decir acerca del costado machista del Mundo Rock. La nota se publicó, y yo no tardé mucho tiempo en entender que me había equivocado y que la dama celeste tenía razón. Nunca más hice eso: retratar mujeres en ámbitos varoniles como una novedad de zoo.

Hay formas muy sutiles de discriminar. Mi nota sobre las mujeres del rock fue una.

No sé cuántas otras sandeces por el estilo habré cometido, pero ojalá no hayan sido muchas.

La pelirroja era divertida, artificiosa y se burlaba de su propia compulsión al consumo de ropa y horas de peluquería. Era un mujerón, ladina y astuta, sabía conseguir lo que quería y simulaba lo que no tenía

consciente de frivolidad. En esa exageración de la coquetería veo algo anacrónico, muy inocente y casi travesti. Algo de lo que soy incapaz pero a lo que, alguna vez, me gustaría jugar. Digamos, por un día. Digamos, mejor, por un par.

Son las siete de la tarde de un jueves de principios de julio y el taxista tiene el dial clavado en Radio 10.

Chiche Gelblung conversa con Gabriela Acher y Gabriela Acher sostiene que el desencuentro de los sexos surge porque en el amor las mujeres necesitan tiempo mientras los hombres andan apurados. Que las mujeres queremos ternura y ellos sólo un poco de apretuque. Que ahora los hombres soportan una mirada crítica y, pobres tipos, se sienten disminuidos. Ellas están arrasadoras y ellos asustados, y por eso hay tantas mujeres solas.

Que me perdonen bien perdonada, pero suena a consuelo de perdedor.

Test de sida

LA UNICA MANERA DE SACARTE LA DUDA.

Desde que el virus del SIDA entra en nuestro cuerpo hasta que aparecen los primeros síntomas, pueden pasar muchos años. La única manera de sacarte la duda es hacerte el test. Es sencillo, confidencial y gratuito. Informate en los hospitales y centros de salud de la ciudad. Es tu derecho.

Hospital Alvarez
Aranguren 2701
4611-6666/6409

Hospital Argerich
Pi y Margall 750
4362-6533/5555

Hospital Durand
Av. Díaz Vélez 5044
4982-5555/2050

Hospital Fernández
Cerviño 3356
4808-2626/2600

Hospital Garrahan
Combate de los Pozos 1881
4308-4300

Hospital Muñiz
Uspallata 2272
4304-3195/2180

Hospital Penna
Pedro Chutro 3380
4911-5555/0517

Hospital Piñero
Av. Varela 1301
4631-8100/4632-9989

Hospital Pirovano
Av. Monroe 3555
4542-5552

Hospital Ramos Mejía
Urquiza 609
4981-5140

Hospital Rivadavia
Av. Las Heras 2670
4802-9458/0051

Hospital Santojanni
Pilar 950
4630-5500

Hospital Tornú
Donato Alvarez 3062
4521-6666/3600

Hospital Vélez Sarfield
Calderón de la Barca 1550
4639-8700

Hospital Zubizarreta
Nueva York 3952
4502-2270/6166

Centro de Salud N° 2
Terrada 5850
4572-9520/6798

Si necesitás más información, podés llamar al:

0800-333-56836 Línea Joven / **0800-666-8537** Línea Mujer / **0800-3333-444** Lusida

gobBsAs

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

DIRECCION DE SIDA / SECRETARIA DE SALUD



El mundo masculino no está formado por un grupo de inhibidos, ni el femenino por un grupo de agueridas. Esta, y otras definiciones, funcionan bien solamente en el Reino del Lugar Común, ese lugar atravesado por chistes burdos donde los hombres siempre son desconsiderados y las mujeres histéricas. Y yo no.

Me niego a agregar mi firma al pie de tanta revista femenina que define a las mujeres como esos seres a los que la depilación les duele, la menstruación les molesta y no encuentran placer más grande que reunirse entre ellas para hablar de "cosas de chicas". No me siento parte de ese continente femenino formado por compradoras compulsivas, fóbicas al ginecólogo, temerosas de los años, necesitadas de palabras de amor después del sexo. No pienso que los hombres son todos iguales, ni que ya no hay hombres, ni quiero ni quise casarme, ni espero que me abran puertas. No.

Me enervan las revistas femeninas que proponen cien maneras distintas de hacerle creer a él que tuviste un orgasmo y ocho fórmulas para que te proponga casamiento sin que se dé cuenta. Yo no sé qué es lo que hace mujer a una mujer, pero sé que esas cosas no te hacen más mujer: sólo te transforman en una persona desagradable.

Durante años mi pasado de chica pueblerina fue una molestia irritante y pensé que una buena forma de aplastar esa educación modosita y prejuiciosa era jugar, sin prudencia, a todos los juegos que la gran ciudad —y el mundo— me pusieran por delante. Así, aterricé borracha en sillones no siempre conocidos, tuve amores locos, malos amigos, amigos sensacionales, amigas descontroladas, hice mucho, dormí poco, y un día paré.

No me llevó tanto tiempo darme cuenta de que en mi canastita pueblerina quedaban unas cuantas cosas agradables que no valía la pena manchar con resentimiento.

miento. Todavía hoy tejo unas carpetas al crochet amorosas, tengo mi propia plantación de romero, salvia y perejil en el balcón, y conservo con orgullo mi lado salvaje que me dice que, si me lo voy a comer, lo puedo matar sin remordimiento. Todo esto a Diego le parece exótico y encantador, y en gran parte fue por eso que dejé de estar enojada con el pueblo. Con Diego aprendí otras cosas. Aprendí a ser un buen salvaje, a necesitar poco, a ser austera y, sobre todo, a viajar de un modo en que a mí me gustaría que fuera la vida, siempre. Lenta, salvaje, amenazadora, a veces incómoda, extrema. Un animal de lujo. Hace rato que supongo que las cosas que importan —la bravura, la serenidad, la conciencia de la precariedad del mundo, la hidalguía, la dignidad, la elegancia y el coraje— no son patrimonio exclusivo de mujeres ni de hombres, y en esos viajes puedo ser valiente, noble y serena. Como la vez de la tormenta. Una tormenta en la montaña, lluvia a mares y una niebla empeorada por el humo de la quema. Diego y

do en un instante feroz y Diego y yo bajando la montaña, mudos, envueltos en un silencio respetuoso. Dos caballeros conservando la calma. Fingiendo que no, aunque tuviéramos pánico. Nos queremos, también, por cosas como estas.

En el libro *El camino de las damas* (una recopilación de relatos de mujeres viajeras, realizada por Christian Kupchik) hay un capítulo en el que Karen Blixen —o Isak Dinesen—, la aristocrática danesa que vivió en Kenia, asegura que a lo largo de su vida tres frases le sirvieron como guía.

La primera es una sentencia latina.

Un romano necesita navegar hasta Cartago pero la tripulación se niega a embarcar porque el mar se presenta peligroso: "Entonces, cuenta Blixen, el romano les dijo: 'Es necesario navegar, no es necesario vivir'. Me pareció muy acertada la idea, porque mientras navegamos, estamos vivos".

La siguiente es una frase en francés antiguo, descu-

UN DÍA ME LLAMÓ Y ME DIJO: TENÉS QUE VER CÓMO ME QUEDARON LAS TETAS

yo viajábamos en camioneta por la frontera entre dos países. El camino era cornisa, un jabón. En una curva inclinada con precipicio al fondo la camioneta se descontroló. Diego pudo frenar a centímetros del barranco, pero sabíamos que cuando pusiera un pie sobre el embrague la camioneta podía resbalar y mañana seríamos tapa de diario, llanto de familias o, con suerte, carne de hospital. Pero no dijimos nada. —Ponete el cinturón —masticó alguno de los dos. Diego puso primera, soltó el embrague, la camioneta se sacudió como un yacaré con una cola muy grande y empezó a bajar, a resbalar, a bajar, a resbalar. Cuando llegamos al llano, ni él ni yo dijimos nada. Nos pusimos ropa seca, y seguimos viaje sin otro comentario que una puteada diluida porque nos agarraría la noche. Llegamos a una ciudad, conseguimos un hotel y nos dormimos, roñosos y sin cenar. Si él tuvo miedo, yo no lo sé. Si yo tuve miedo, él no lo sabe. Me gusta recordar ese momento: el universo deteni-

bierto en el escudo de armas de la familia Finch-Hutton: *Je reponderay*. Significa que uno puede responder y es responsable por lo que hace.

Pero la tercera, dice la dama, es la mejor. La tercera es su frase favorita. "Hace tiempo, en un puerto lejano y sin motivo aparente, me quedé observando a un barco que se alejaba. En un momento el barco comenzó a hundirse y en el medio de esa situación trágica se me reveló su nombre: *Pourquoi pas?* Por qué no. Desde entonces, esa expresión se quedó conmigo. Cuando la gente lo único que hace es preguntar ¿Por qué, por qué, por qué?, a mí me parece mucho más atinado preguntar ¿Por qué no?".

Me gustaría que en mi escudo —o en mi tumba— escribieran alguna de estas frases.

Sería mejor, claro, si pudieran escribir las tres ■

Las fotos de Gabriela Schevach que ilustran esta nota forman parte de un trabajo autoral sobre la identidad de género que realiza desde 1994.

DIGRESIONES

Hombres de Oaxaca

En la ciudad de Juchitán —estado mexicano de Oaxaca— los hombres no encuentran dónde

meterse si no es en las mujeres. Lo dice así, con todas las letras,

Elena Poniatowska en su libro *Luz y luna, las lunitas*.

En Juchitán, subraya también la sensible escritora, “los árboles

tienen corazón, los hombres el pito dulce o salado según

se apetezca y las mujeres están muy orgullosas de serlo,

porque llevan su redención entre las piernas y le entregan

a cada cual su propia muerte”. De paso Elena cuenta que el acto amoroso

es popularmente conocido como “la muerte chiquita”.



LINDAS & FEOS La belleza negadora de la animalidad —dice Georges Bataille— despierta el deseo. Por eso la mujer suele aparecer como “bella” en relación con el hombre-oso, quien, según supone el dicho, cuanto más feo es más hermoso. Pero a la hora de los bifes —hay que admitirlo— resulta inevitable una exaltación de las partes animales que todos tenemos.

En compañía de los hombres

Chad y Howard —dos ejecutivos jóvenes y exitosos— sienten que su mundo se derrumba cuando la empresa para la cual trabajan los envía por unas semanas a desarrollar tareas en un pueblo de provincias. Obligados por las circunstancias los dos resuelven, acaso para recuperar la autoestima, dedicarse a seducir a la misma mujer. Para ellos se trata de un juego inocente, un divertimento apenas como para matar el tiempo y el fastidio. Sólo que, como suele suceder, la chica elegida —una hermosa empleada sordomuda— se las arregla para arruinar esos planes embebidos en un machismo vulgar. Ese es el punto de partida de este curioso e interesante film del debutante Neil LaBute, uno de los talentos más brillantes del nuevo cine estadounidense.

Alicia en las ciudades

Esta debe ser, lejos, una de las mejores películas del alemán Wim Wenders. La historia es rara. Un hombre ayuda a una desconocida —madre de una niña silenciosa— a concretar un viaje con destino incierto. Pero la mujer pronto se va, por razones inexplicables, y al hombre no le queda más remedio que ocuparse de la menor con energía masculina y espíritu maternal. Juntos inician un largo recorrido (recordemos que la road movie es el fuerte del director de *Las alas del deseo*) dirigido a buscar a la madre misteriosamente desaparecida. Lo interesante del film no es tanto la anécdota sino el hecho de que el protagonista encuentra, en ese obligado y solidario emprendimiento, su lado femenino y la consistencia que su vida necesitaba.



Ceremonia secreta

Casi nadie lo admite en público. Pero el informe Kinsey asegura que el 92 por ciento de los varones y el 58 por ciento de las mujeres se masturban. Por alguna razón las damas son más proclives a sentirse culpables por esa práctica tan vinculada al aprendizaje del placer. En cambio los hombres, para variar, lo hacen como quien se peina o sube al tren. Las diferencias aparecen, también, al momento de hurgar en las fantasías que estimulan a unos y otros en ese trance. Las de los hombres suelen ser, por decirlo de alguna manera, un tanto menos elaboradas que las de las mujeres.

MALENTENDIDO Opina Charles Baudelaire que en el amor el acuerdo es resultado de un malentendido. "Ese malentendido es el placer –afirma–. El hombre exclama: ¡Oh ángel mío! La mujer arrulla: ¡¡Mamá! ¡Mamá! Y esos dos imbéciles están convencidos de que piensan armónicamente."

Lectura masculina

Casi todos los teólogos cristianos admiten que la Biblia ejerce una lectura exclusivamente masculina de la realidad. Allí, sobre todo al abordar la época de los patriarcas, el hombre decide: elige esposo a sus hijas y esposa a sus hijos, ordena y manda, ama y se enamora. Por lo demás, se maneja con un criterio moral muy amplio en todas las cuestiones, mientras que la mujer tiene que darle hijos, puede ser despedida o esclavizada, e incluso ultrajada para que el honor del varón no sea lesionado. Lo supieron Raquel, Rebeca y Sara –entre muchas otras señoras bíblicas– un rato después del Génesis. Pero la venganza vendría luego, unas mil páginas más adelante, en el saludablemente erótico y festivo Cantar de los Cantares.

Música y sexo

FERNANDO GONZÁLEZ

Casi al final de la película "Harry, ese amigo que te quiere bien" aparece la voz zumbona de Dolores del Río cantando un tema muy dulce titulado "Ramona". La piel se eriza y hasta se escapa una lágrima.

Y me surgen unas preguntas: ¿la música tiene sexo?, ¿los hombres escuchan un género determinado y las mujeres otro?, ¿las minorías sexuales arman una discoteca distinta? La respuesta es radical y definitiva: no. La música está en el vértice del placer como Dolores del Río en medio de ese desesperante thriller psicológico. Los acaparadores de discos somos heterosexuales, bisexuales, homosexuales o abstinentes. Y estamos atravesados por Marlene Dietrich y Nina Simone, por Brigitte Bardot y April March, por Raphael y por Carmen Miranda, entre tantos otros. Nuestro destino no es masculino ni femenino, ni cóncavo ni convexo. Nos ponemos tristes de verdad al escuchar la voz cavernosa de la Dietrich cantando "Falling in love again", el suburbio y el barrio marginal nos vuelve con Nina Simone en "Amame o déjame" y la fuerza erótica nos arrolla con la Bardot en su clásico de 1967: "Je t'aime, moi non plus".

Modernos hasta el caracú, con ecualizadores y Rolands mediante, vamos por la vida de April March y su "Chrominance decoder" y bailamos con el pasito de Raphael en su fenomenal "Escándalo". ¿Quién no soñó con disfrazarse de Carmen Miranda y hacer "South American Way"? Somos hombres, mujeres o transformistas, qué importa. Vamos a brillar, mi amor.

Unión libre

En la primavera del año 1937 André Breton escribe su *Amor loco* (ensayo, poema, carta o manifiesto) donde exalta "el poder eterno de la mujer" y una visión ilimitada del amor erótico y existencial. Con su virulencia habitual la emprende allí contra la idea de familia (secular y sacrosanta institución que él prefiere ver "hundida bajo la tierra") y, también, contra todas las variantes modernas del individualismo. El encuentro libre entre el hombre y la mujer se sitúa como centro cósmico, físico y espiritual. La fe en el amor resiste y debe oponerse, por todos los medios, a las decepciones y a los fracasos. Perderla implicaría cometer una falta inexplicable, pues en la capacidad de entrega reside nuestra verdad esencial. De todo esto habla Breton en esa gran letanía lírica que es *La unión libre* y en la mayoría de sus manifiestos poéticos, donde los sexos sobreviven sólo en comunión y son mirados siempre "con ojos de bosque eternamente bajo el hacha".

Mujeres de Atenas

El cantante y compositor brasileño Chico Buarque de Hollanda se ha especializado en escribir en femenino. Muchas de sus mejores canciones adoptan el punto de vista de la mujer, mientras que en otras indaga, con agudeza y profundidad, en el extraño universo de las féminas. *Mujeres de Atenas*, un tema que compuso junto a Augusto Boal (1976, *Meus caros amigos*), es un buen ejemplo. Allí las antiguas atenienses son mostradas como flores que se secan a la eterna espera de sus maridos. Y si ellos mueren en lejanas batallas, las jóvenes viudas también se pierden. "No hacen escenas, se visten de negro, se conforman y se anulan."

Partes

El hombre recorta y la mujer junta los pedazos. Tales parecen ser los resultados de una encuesta casera realizada hace unos años por la desaparecida revista *Ciudad B*, que dirigió el psicólogo social Román Mazzilli. Se les preguntó a hombres y mujeres qué partes del cuerpo deseado preferían o detestaban. Mientras las damas tendían a hablar en general —sin negar lo particular en algunos casos—, los caballeros se inclinaban casi obsesivamente a mencionar pechos, nalgas y otras formas salientes u ocultas de la diversa y siempre huidiza anatomía femenina.

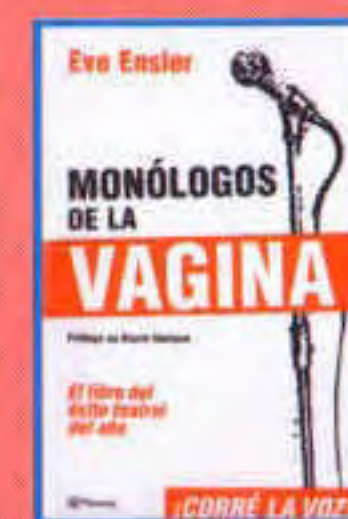
Eros mutante

Nada mejor que la poesía del argentino Néstor Perlongher (1949-1992) para sumergirse a pleno en los indefinibles repliegues de los sexos. Sus palabras exudan un "chorreo de iluminaciones", una especie de fiesta membranosa y acuática, un pasaje continuo de lo masculino a lo femenino que a veces frena en estaciones intermedias. Trotskista, militante del Frente de Liberación Homosexual, seguidor de la religión del Santo Daime, ensayista blasfemo y contradictorio, Perlongher es un referente clave de la poesía neobarroca, o neobarrosa. Los versos del poeta navegan por entrepiernas, calzones, lenguas lascivas, rostros de hule y pubis no del todo angelicales. Entre corpiños, musgo, arañas y caracolas, alcanza a construir un puente de frágiles cañas con la historia pública y privada. El hombre y la mujer se disuelven ahí como una lava o una baba sensual y volcánica.



Monólogos de allá abajo

Con sus conocidos *Monólogos de la vagina* la estadounidense Eve Ensler tuvo un éxito sorprendente, desde el off Broadway hasta Jerusalén, Madrid y Buenos Aires. El libro —gulón del espectáculo del mismo nombre— muestra altibajos y no carece de cierto oportunismo mercantil. Aun así tiene la virtud de hablar con desusada franqueza de una zona poco explorada, incluso, por las propias portadoras. Todo se resume en un viaje, entre humorístico y dramático, hacia la zona prohibida y centro neurálgico de toda mujer.



**PARA COMENTAR
LA ACTUALIDAD
EXISTEN MUCHOS
PUNTOS DE VISTA...**

**PARA ENTENDERLA
ESTÁ *3 PUNTOS***



3 PUNTOS ES UNA PUBLICACIÓN COMPROMETIDA
CON LOS TIEMPOS QUE CORREN.
POR ESO, DISPONE DE UN STAFF CAPACITADO
PROFESIONALMENTE PARA ANALIZAR
CADA TEMA CON LA EXPERIENCIA PERIODÍSTICA
QUE LOS LECTORES MERECEAN Y ESPERAN.



POR **María Moreno** Periodista y escritora. Entre sus libros figura la novela "Affair Skeffington"

VIDA COTIDIANA Y DEBATES SOBRE GÉNEROS

POLLERA Y PANTALÓN

F / M Cuando veo este signo escrito nunca entiendo bien a qué alude. Tardo un rato. Por eso a veces suelo meterme en el lugar equivocado. Antes de entrar en un baño público me demoro bastante estudiando la silueta de la puerta. No diferencio muy bien el monigote con pollera del de pantalón. Si el lugar es ambicioso y en cada baño hay, por ejemplo, la imagen de un actor o de una actriz, vacilo aún más. Pueden ser un par de posters que no quieran decir nada. O que detrás de esas imágenes ni siquiera haya un baño.

Tengo problemas con las señales convencionales del género. Sí, ya lo sé, el género es una construcción social, una disparada del sexo biológico aunque hoy haya teorías que lo discutan de una manera nada simplista. Debo ser una de las pocas mujeres que tuvo que imponer en su infancia que le atribuyeran el género más vulgarmente asociado a su sexo. Por alguna razón, mi madre leía en mi cuerpo que la convencional cercanía entre sexo y género sería una desilusión. En mi contorno magro, larguirucho —cualquier cirujano hubiera visto en él, al menos cuando yo tenía doce años, un campo adecuado para una operación que me convirtiera en trans—, la ausencia de grasa y la brusquedad instalaban, sin hacerme masculina, una *femineidad* dudosa. Pero esa mirada de mi madre se había arraigado muchos años antes.

Inútilmente deseaba yo, durante los bailes de carnaval, las pompas de un vestido de dama antigua, con su correspondiente peinetón de peltre, su corselete de raso bordado, sus vivos de puntilla y, como accesorios, los zapatos de Minnie Mouse o, en su defecto, el de holandesa con su cofia de extremos plegados y sus zuecos de madera pintados a mano. Una vez me dieron un traje de vaquera con su cinto, sus cartucheras y ¡ay! el sombrero de John Wayne. Conservo una fotografía donde poso con expresión trágica, el arma de juguete apuntando a cámara, chueca en el interior de mis botas de caña alta. El caño del arma

está ligeramente inclinado hacia abajo porque la enarbolé sin fe, con la muñeca quebrada, convirtiéndola en un símbolo fálico flácido, el pene de un hombre viejo que al llegar al hotel abre su billetera y descubre que se dejó el Viagra en casa.

En otra fotografía estoy sentada al volante de un coche que es la réplica de la Ferarri de Fangio. Sonrío —ingenua de mí— porque imagino que si les presto el auto a los varones del barrio podríamos jugar a marido y mujer: algún "él" iría a su trabajo en automóvil, yo lo despediría rodeada por mis muñecas hijas agitando un pañuelo y en medio de mis muebles miniatura comprados a la compañía de plásticos Jugal. (Obviamente, ninguno de los varones que lograba hacerse del coche, lo devolvía inmediatamente luego de dar una vuelta manzana —ese era el pacto— y había que ir a rescatarlo.)

Conozco a mujeres que dicen haber tenido que luchar contra lo que sus padres pretendían imponerles en nombre de la cuadrícula de su género. Algunas, incluso, recuerdan grandes escenas de rebelión que quedaron impresas en sus memorias como condecoraciones al mérito. Una evoca la potencia que sintió al trepar hasta la copa de un árbol altísimo y del que se negó a bajar hasta el atardecer. Otra se travestía para jugar al fútbol. Y una tercera, cuya cabellera rubia y rizada se había convertido en un fetiche familiar (hasta el punto de que su madre y su hermana mayor la sometían cada noche al suplicio de peinarla y desenredarla mediante reiterados cepillazos y tironeos), se la cortó poco después de tener la primera menstruación, llena de cólera y desesperación por el acontecimiento, con una tijera de cortar pasto. Luego se afeitó la cabeza e intentó clavarse un alfiler de gancho sobre la crisma, tratando de imitar al muñeco de Geniol, con la intención de ofender a sus padres, a quienes ella consideraba los injustificados dueños de la cabellera.

Que yo sepa, todas estas chicas se identificaban a Jo, la más machona de las hermanas de *Mujercitas*,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

la desgredada que monigoteaba con sus cintas para el pelo. Aunque unas pocas de ellas son ya abuelas, suelen decir hoy con la misma fe de antaño "yo era Jo" sin darse cuenta de que gracias a la fonética la frase suena como una simple declaración narcisista. Pero yo solía identificarme con la que se moría —cuyo nombre no recuerdo— desmoronándose primero dentro de su prisión de enaguas superpuestas y luego desfalleciendo hasta caer en cama, mortalmente lívida ya, los rizos dispersos sobre la almohada de tal modo que su cabeza, que apenas podía erguirse, se parecía —imaginaba yo— a la cola abierta de un pavo real. ¡Cómo fastidiaba a mis amigas en las representaciones teatrales que hacíamos con el libro de Alcott —el más tonto, atávico e insustituible de varias generaciones de mujeres— reduciendo mi papel a desmoronarme ruidosamente en el piso, vestida con una pollera de cretona perteneciente al guardarropas de la niñera y las ojeras pintadas con crayon violeta y prolongando mi inmovilidad hasta que un pie perverso me pisaba una mano!

En el verano de 1954, el 8 de diciembre, la mayoría de mis compañeras de grado tomaron la comunión. Mi madre dijo que no tenía tiempo para llevarme a las clases de catecismo. Por entonces coqueteaba con los socialistas. Eso le permitía envolver en razones ideológicas un ascetismo que no era más que un sentimiento de inferioridad social debido a su origen proletario. Su desprecio al lujo no me ocultaba que algo en mí le hacía pensar que no encajaba con el vestido blanco, profusamente adornado por puntillas compradas en *Al encaje de Bruselas* y del que yo codiciaba especialmente la bolsa de las estampitas, festoneada y bordada a mano.

Entonces, poco antes del 8 de diciembre, una mujer de labios pintados y peinado a la banana comenzó a visitarme todas las tardes, a la hora en que yo solía salir al balcón. Me dijo que era catequista de la iglesia del Carmelo y que preparaba para la comunión "a domicilio" a las niñas que no podían asistir a la iglesia durante la semana. Me enseñó el catecismo a través de unos papelitos escritos de su puño y letra, redonda y pareja. Sólo se lo conté a mi madre cuando ya había aprendido a rezar, quería que fuera una sorpresa. Pero ella armó una escena terrible. Las palabras que dijo sólo tuvieron sentido para mí con los años, en nuestro barrio las prostitutas que envejecían solían



"reciclarse" como catequistas. Prácticamente mi madre me trató como si yo fuera un *cliente*.

Vi cómo mis amigas se preparaban para la comunión sabiendo que yo no la tomaría. Recuerdo a una, con los volados sujetos aún con alfileres de cabecita, que de pronto levantó los jazmines chorreantes de un florero, subió la escalera de su casa —un chalet de dos plantas construido por la Fundación Eva Perón— y bajó con los ojos cerrados, como en éxtasis, mientras nosotras, las otras chicas del grado, coreábamos "ta, tan, ta, tan", la marcha nupcial de Mendelsohn.

Mi amiga Alicia, al revés de mí, no quería tomar la comunión. Persuadida de su *femineidad* por una menstruación precoz y el sabor de los primeros besos, no necesitaba la prueba del traje largo que hacía soñar con un vestido de novia. La madre de Alicia era una mujer que se jactaba de cierto origen aristocrático y consideraba *mersa* toda proliferación de puntillas y de moños. Así que le hizo hacer a Alicia un vestido largo totalmente liso y donde la bolsa de las estampitas parecía un sobre de correo. Alicia me mostró con malicia cómo sus pechos —ya usaba corpiño— despuntaban bajo el canesú y cómo a través de la malla de una de sus medias de muselina, se había escapado un largo pelo negro. Parecía una novicia enana. Igual la envidié.

DOMINACIÓN

Los estudios de género han desplazado, en los últimos años, el interés por la situación de las mujeres a las construcciones teóricas que hacen que un sexo domine sobre otro. Para muchos significó una despolitización o una política que pasó de la calle a los claustros. El género es, paradójicamente, un invento americano (se acuña en un lugar donde la lengua no pone género a lo que nombra).

Como me gusta imaginarme como analista de los goces, me he interesado por el feminismo de la diferencia, hijo rebelde del psicoanálisis. Por supuesto que no compré el sonsonete de la bisexualidad que viene dando dividendos desde que Sigmund Freud, durante el curso de su conferencia *La femineidad*, calmara los ánimos de las psicoanalistas mujeres sentadas en la primera fila, sugiriendo que toda mujer tiene una porción del otro sexo al igual que una torta marmolada de vainilla tiene una porción de chocolate, de manera que ellas puedan superar lo que su sexo les adjudicó en la

lotería sexual —según Freud, una escasa capacidad de sublimación que les lleva a preferir enhebrar una aguja a fundar una república, un superyó debilucho como Charles Atlas cuando era un alfeñique y una rebelde envidia del pene aunque se trate del pene de John Wayne Bobbit— *si se apoyan en su parte masculina*.

Los prejuicios freudianos han sido desmontados por mujeres psicoanalistas. Para Sarah Kofman, por ejemplo, la envidia del pene sería cultural, un reconocimiento de los privilegios de tener. Emilce Dio Bleichman, por su parte, escribió en 1984 *El feminismo espontáneo de la histérica* en donde el caso Dora, expuesto por Freud, se convierte en el embrión de una postura revolucionaria donde la enfermedad se transforma en *resistencia*, el grito sintomático de un discurso, de un deseo al que se le niega existencia.

El feminismo de la diferencia es atractivo. Como si filósofas y psicoanalistas pensarán el goce masculino con la forma de un buen cuento corto americano, con un principio, un medio y un final de *puchimbol*. La expresión masculina de "aliviarse" evocaría el rascarse o el hacer pipí. El goce femenino consistiría, en cambio, en la florescencia de todo el cuerpo y su expansión en el espacio, una continuidad entre el cuerpo y el sexo, el sexo y el cuerpo, sin una localización fija. En la caricia no habría quién es quién, los bordes se atravesarían en una nebulosa táctil, la piel anestesiada por los besos ignoraría su dueño...bah, *explicado así suena a algo tan insoportable como un texto de Lezama Lima leído todo el tiempo*.

La manera de contar el cuerpo del feminismo de la diferencia a veces suena al católico proyecto de la unión entre cuerpo y alma. Cabe que dentro de una década las mujeres hastiadas de tanto beso colombino reclamemos aquella vieja genitalidad una vez que el pene haya perdido su halo trágico, su angustia de púgil de la resfregada.

GATO POR LIEBRE

La psiquiatría y el psicoanálisis de fines del siglo XIX acuñaron la categoría de *inversión sexual* para las personas que se sentían atraídas por otras de su mismo sexo, pero sobre todo para las que adoptaban las características convenidas para el género contrario. La inversión sexual se señaló desde 1870 en mujeres que invadían el campo social, en especial las feministas, fuera

cual fuera su objeto de deseo, siendo uno de los primeros intentos de desestimar lo político, patologizándolo.

Los "invertidos" varones fueron mucho mejor comprendidos, al menos por Freud, lo que benefició a hombres que, aun con la voz aflautada, rizos venusinos y sonrojables en el lecho bajo el peso de una mujer "masculina", podían mantener el báculo victoriano. Es decir, Freud reconocía que había hombres que asumían de diversos modos posiciones *femeninas* aunque conservaran su objeto heterosexual. Sólo más tarde se acuñó el término *homosexualidad*, diferenciándola de la inversión y de la transexualidad. Por último la ciencia comenzó a ocuparse del partenaire, ya que entonces como hoy no podían concebirse una pareja sin diferencia y una diferencia sin jerarquías y donde no falte el elemento viril.

En el siglo XIX un joven apuesto, rico y brillante llamado Sandor se casó con una joven que lo amaba tiernamente. Pero Sandor no se privó de timar a su propio suegro en un asunto de propiedades. Llevado a juicio, a un examen médico, se determinó que Sandor era en realidad Sarolta, princesa húngara criada como un muchacho por su propio padre que, de acuerdo con una prefiguración de la fábula freudiana, se lamentaba de no haber tenido un hijo varón.

Dos siglos atrás, durante otro juicio médico, se descubrió que el cirujano Heleno Céspedes era en realidad Helena Céspedes, quien argumentó el aspecto femenino de sus órganos diciendo que se había castrado sin querer mientras hacía experimentos científicos con su propio cuerpo. ¿Los senos? se le preguntó. No eran de mujer, contestó, sino abscesos producto de heridas de guerra. En las dos historias el traje era el eje del engaño y el desvestirse, el trance fatal.

A lo largo de la historia el travestismo femenino encubrió tanto a la mujer que deseaba a las mujeres como a la que quería invadir territorios prohibidos a su sexo. En el primer caso la mayor audacia fue la de sor Benedetta Carlini, una abadesa italiana del convento de las teotinas que sedujo a una compañera travistiéndose en ángel. ¿Cómo? Con la voz y la magia blanca. Hablando con la voz de Splenditelo, el ángel, la persuadía de que para aprender latín era preciso que "él" le acariciara el pecho.

Muchas se han travestido para eludir el ase-

dio masculino. En el libro *Mujeres de la orilla izquierda*, la historiadora Shari Benstock informa sobre un juicio —el travestismo estaba prohibido— en que una mujer obrera que usaba indumentaria de trabajo masculina salió absuelta cuando argumentó que lo hacía para eludir el acoso de sus compañeros.

Durante los años locos, en París, las mujeres modernas de las clases acomodadas se vestían de varón en el marco de las fiestas de disfraces que incluían todas las variables imaginativas, desde la túnica griega o el corselete de gitana, pasando por los casaca- beles del bufón y el mameluco de Pierrot.

El travestismo y la transexualidad mezclaban, en estos casos, razones estéticas, eróticas y feministas. Y a menudo, como en el caso de Colette, arrastraba secuelas del decadentismo del siglo XVIII, donde el aspecto de "golfillo" daba a una dama un plus de voluptuosidad que la valorizaba ante el *voyeur*. Vestirse de varón ha señalado también licencias en días de festividades paganas donde las mujeres se probaban con el traje prohibido, la libertad. Y todas estas travestidas de París amaban el mundo griego, simplemente porque en él había vivido Safo, que más modernas que las modernas, amó sólo con su sexo, sus versos y su túnica.

Los feminismos de hoy intentan superar las dualidades femenino/masculino, hombres/mujeres haciéndolas jugar con otras categorías como la identidad sexual, racial y nacional que superen todos estos términos en complejas conexiones que devuelven al género una fuerza que permanece en el término mismo: generadora.

Las pistolas de juguete, el coche de Fangio y la prohibición de sumarme a un ritual colectivo donde, mientras se tomaba la hostia se soñaba con el anillo de casamiento, tal vez me prepararon mejor para la diversidad, lo singular y —más adelante— la libre elección de lo que a otras se les imponía como destino. Es una pena que la única oportunidad que tenga hoy de tener el cuerpo cubierto de puntillas sea en un lugar tan poco excitante como un féretro y, siendo este privilegio común a hombres y mujeres, me habré perdido para siempre la oportunidad de subrayar mi *femineidad* de acuerdo al atuendo que concebía en mi infancia. A menos que... ¿querría alguien casarse conmigo? ■

Lesbiana & Madre

Madres lesbianas y heterosexuales las hay gordas y flacas, autoritarias y permisivas, culposas y egocéntricas, obsesivas y abandonicas. Y todo mezclado: básicamente, mujeres que hacen lo que pueden con ese galimatías de ser madre. Acá va, por lo tanto, una experiencia singular que contrasté algunas veces con las de otras mujeres que aman a mujeres. No las sentí muy si-

milares aunque el cuadrante de identificación, para afuera, parecía el mismo. Mi aliada y refutadora en lo que a la maternidad se refiere es siempre Isabel, amiga hermana de heterosexualidad certera. En sus cavilaciones reconocí las mías; en sus certezas, mi tranquilidad.

LA VERDAD

Ser madre lesbiana fue una primera pregunta que inquietaba: ¿cuándo les puedo decir La Verdad? Y la voz cortante del analista de Ro: cuando a él le interese. Gracias, otra vez gracias, Juan Carlos. Así que La Verdad, no. Pero tampoco la mentira. Ellos preguntaban ¿cuándo vas a tener novio?

Y yo invariablemente contesté: quiero que vivamos así nosotros dos y ella. No quiero un novio. La segunda pregunta era más dolorosa: ¿de qué los estoy privando? El padre biológico abdicó de su función: no era mi culpa. Pero sí elegí yo que no hubiera sustituto y cuando lo extrañaron —y lo extrañaron muchas veces— sentí mis elecciones más como un peso que co-





mo un estandarte. Los asados los hizo la analista que los miraba con tanto miedo como cariño; la poeta que los amaba más fascinada que atenta y, finalmente, mi señora esposa, que festeja cada gesto de mi hija y que intentó ejercer todos los anatemas del dogma feminista sobre mi amado muchacho. Hasta que se cansó. Conclusión, en el asado, jamás aconteció el ritual del "pase". Y mi hijo tal vez ase para sus amigos, pero en casa nunca. ¿Cómo entra un adolescente varón a un mundo de mujeres que eluden las trampas de la feminidad pero no los impenetrables pactos de género?

Que se pueden divertir comprando ropa y que gritan, las tres a una, cuando el chico en cuestión emite una frase que suena misógina. Me ha dolido cada vez que sentí que se quedaba afuera y quizá, de todos los dolores, ese sea el que todavía, cada tanto, me raspa. Como decía, no debe ser fácil vivir en una casa donde no hay un borde para los roles, pero que está inserta en un mundo regido por los roles. Lugar ingrato el del varón: nadie aplaudirá jamás su iniciativa de limpiar la casa. Ventaja relativa de la niña: el beneplácito por encontrarla blandiendo un taladro eléctrico. Como me daba miedo la parcialidad de un mundo de mujeres, elegí para él y para ella escuelas de maestros varones, analistas varones, profesores de judo varones, colonias de vacaciones con instructores varones. Además de ensalzar a los tíos como próceres. Paradoja: un enjambre de varones para armar el rompecabezas de la masculinidad en una familia que no respeta los valo-

Hay fiesta en Bla-bla-bla Up-art, el centro cultural que dirigen Regine y Lili. Las que nos encontramos esa noche en general tenemos alrededor de treinta años, pero también hay algunas chicas de sesenta y otras de veinte; en general nos vestimos según alguna moda alternativa, pero hay algunas chicas de jeans y zapatillas y otras de pollerita y taquitos.

También hay varones y mujeres heterosexuales y algunos niños. Fabiana inaugura una muestra de escultura, con sus gráciles animalitos hechos con trozos de hierro que alguna vez formaron parte de la industria nacional. Emiliano actúa un monólogo desopilante.

Paula lee su versión lesbo-hilarante del Génesis, en la que una Eva muy consciente de la historia por venir hace estallar paraísos cuando siente un orgasmo con otra mujer. Cenamos en una mesa larga. Ella se sienta al lado mío. Charlamos. Andy se llama. Pienso que podría enamorarme. Me parece una mujer hermosa. Es alta, fuerte, tiene los ojos verdes y las manos largas. Usa boina. Me gusta su voz. Tiene sentido del humor y me hace reír. Desparrama energía y cuando se mueve pienso en juncos. La hora del postre nos depara manzana asada. Acepta un poquito de la mía. Adelanto el tenedor y ella muerde. Quiere más. Yo quiero una manzana infinita.

Este encuentro fue entre dos mujeres, pero pudo haber sido entre dos hombres o entre un hombre y una mujer: el acontecer del deseo no discrimina por géneros. El que sí discrimina es el acontecer social. En mi trabajo somos muchos y es mucha la buena gente que quiero. No finjo, no miento. Soy yo todo el tiempo, pero hay cosas que no cuento cuando nos sentamos a hablar de nuestras vidas. Me da miedo. Esta parte de mi identidad se define por las aristas del medio. La diferencia la marcan los otros. Yo no la siento hasta que algún comentario homofóbico me la pone en evidencia. Hasta el momento he resuelto esta tensión entre mis ganas de contar y mi miedo de ser rechazada por personas por las que siento afecto contándoles sólo a algunos.

Mi casa tiene muchos libros y tres gatos. La de Valeria, muchos libros y una pecera. La de Pato y Olga, dos hijos, muchísimos libros, dos gatos, dos perros y un jardín exuberante para un patio de ciudad. La de Pat, pocos libros, muchos CD y un gato. La de Mara, no tantos libros, ningún animal y muchas plantas. La de María tiene de todo. Nos vemos seguido: existe la amistad entre la mujer y la mujer. Y formamos redes de afecto, algo parecido a familias grandes. No me imagino sin mis amigas.

Por lo demás, llevo una vida normal.

Me despierto. Mi humanidad reclama pasta dentífrica. Me miro en el espejo mientras me lavo los dientes. La luz de la mañana sabe ser suave y brutal: mi cutis no es perfecto, tengo treinta y dos años, fumo un atado por día, mi trabajo es bastante insalubre. La que se levanta primero hace el desayuno, así que exprimo las naranjas y los pomelos, pongo agua a hervir y pan a tostar, corto pedacitos de jengibre para el té de Andy, saco puñados de earl grey y de jazmín para el mío. Acomodo todo en la bandeja con patitas, vuelvo al dormitorio. Mis dos gatas y su gato se desperezan también y nos sentamos a desayunar, con cara de sueño. Nos contamos qué vamos a hacer durante el día. Yo voy a almorzar en la casa de mis padres. Suena el teléfono: mi progenitor, hombre precavido, me llama para estar seguro de que no se les va a quemar la comida esperándome. Escucha que Andy me pide que le alcance una toalla, escucha que le contesto cómo no mi amor, no pregunta nada. A la reunión familiar voy con Karina, mi mejor amiga, mi compañera de banco de la escuela primaria. Mi vieja le pregunta por su ex marido, le pide detalles del divorcio, toda la familia tiene algo para decir. A mí no me preguntan nada que tenga que ver con mi vida amorosa. Les digo que voy a escribir esta nota, les cuento de qué se trata. ¿La van a leer? Por supuesto, como todo lo que publique. Ajá. ¡Mis padres van a ir voluntariamente al quiosco para comprar esta revista, para leer lo que llevan años tratando de no ver ni escuchar contra toda evidencia!



res patriarcales que la signan. Mi hijo tenía 14 años cuando dijo, él, La Verdad. Mi hija, 9. A partir de entonces, Ro, desafiante, impuso de la situación a amigos, maestros, compañeros y novias: "Esa es mi mamá y esa su compañera", les espetó sin piedad, la primera vez que pisaban la casa.

Ella se tomó mucho más tiempo, la verdad cayó sobre cada uno levemente, en cuentagotas. Ventaja relativa del varón: tener una madre lesbiana no arroja sobre sí ninguna sospecha. Duda ingrata de la niña en el amanecer de la pubertad: ¿qué pensarán mis amigas cuando las abrazo? El nene tuvo muñecas y la nena autitos. El nene escuchó de muchas bocas que era inteligente, de la mía también. A la nena le dijeron mil veces que era linda. Yo agregué: e inteligente. La incógnita de la sexualidad fue explícita en mis hijos, que desde siempre escucharon que podrían tener novia, novio, perro o estar solos. Cuando tuvieron novia y novio, respectivamente, imaginé en ellos un suspiro de alivio. Nunca lo dijeron, tal vez fue sólo mi imaginación. O el eco de un ruego que me resulta incómodo: "que por lo menos uno me dé nietos". Ser lesbiana y ser madre la deja a una fuera del gueto de las lesbianas de sangre azul. De la tribu amada de dios que no está amenazada "ni por la maternidad ni por el sida", como me dijeron una vez. Ser madre y encima estar encantada de serlo sugiere turbias coyundas con la idea de familia patriarcal, con los sometimientos al mandato. Yo recomiendo la maternidad como un estado que cura ciertos



diletantismos y que, sobre todo, extiende la mirada en la bella demasia del gran angular. También nos roba cierta juventud, cierta lozanía que es visible en las chicas, vayan a la cama con quien vayan, que no tuvieron hijos. Una lesbiana madre produce reacciones contradictorias: la existencia de los chicos "civiliza", difumina el imaginario que nos convierte en Amazonas intratables, alienta la ilusión de una vuelta al redil. Pero también nos convierte en la peor de todas: ni por amor a los hijos... Creo que lo más intolerable es que el lesbianismo la vuelve a una, sin máscaras, una mujer deseante. Algo que "la pureza de la maternidad" tiene la función de disimular. Tal vez porque me enamoré de una mujer cuando ya era una adulta, tal vez porque nunca fui muy dócil, tal vez porque necesité un tiempo para entender que esta era una transgresión mayor, no esperé que alguien se atreviera a discriminarlos.

(Perdóneseme la incorrección política: siempre intuí que alguna vacilación interna colaboraba con esa posibilidad.) Me equivoqué. Valu tardó años en contármelo, para que no me doliera. Pero todavía me duelen su soledad generosa, su valentía cuando pienso en el patio de la escuela y en la otra nena gritándole lesbiana. Ser madre lesbiana, concluyendo, no es mucho más difícil que ser madre a secas: tal vez el compromiso con los propios deseos obliga a respetar sin excusas los deseos de los hijos, aunque a veces no

nos gusten. Hay una mirada que sugiere "vos hiciste lo que se te cantó" y esa mirada se vuelve frase muy rápidamente cuando crecen. Los límites, entonces, los tiene que poner la misma que los ha violentado. Y hay una idea de piedra libre que ronda la cabecita de los hijos y que no será fácil combatir



porque una naufraga muchas veces en el mismo razonamiento que ellos. Esa fue la tercera pregunta: ¿cuál sería su estrategia para ganarme la vanguardia de la trans-

gresión? La temida batalla, sin embargo, no se planteó nunca. Tal vez porque el gesto de ruptura es bastante menos dramático cuando transcurre entre las tostadas con manteca de un desayuno bien conversado. Ahora, que ya cruzaron los veinte, que me convirtieron en familia numerosa cuando sus amores comparten nuestra mesa, me alegro del atrevimiento. Me parece que nos hizo más sinceros, que nos facilitó el encuentro. Falta alguien central en esta historia: y es esa que viene a ocupar un lugar ante un trío consagrado por acuerdos tácitos, ancestrales. Que no elegiría vivir con chicos si no se hubiera enamorado de una que tiene chicos. Que se encuentra calentando la comida cuando tiene ganas de leer o haciendo las cuentas para ver dónde serán las vacaciones por cuatro y no por dos. Que no es el sustituto, ni una tía, ni una segunda madre. Es un lugar al que esta cultura no le supo asignar ningún nombre. Pero este es tema de otra nota

LE MONDE *«el Dipló»* diplomatique

Una voz clara en medio del ruido

¡Suscríbase!



Las ediciones internacionales de *Le Monde diplomatique* suman 955.000 ejemplares mensuales a los 300.000 de la versión original francesa. En total, 1.255.000 ejemplares. Existen además varias direcciones del «Dipló» en Internet. Se trata de una experiencia única en la prensa mundial: una publicación disponible simultáneamente en doce lenguas y diecinueve países. Mediante el tratamiento de temas a cargo de especialistas de todo el mundo, *Le Monde diplomatique* otorga una dimensión inédita al debate de ideas: información documentada, análisis rigurosos –apoyados en referencias bibliográficas e indicación de fuentes– abarcando los aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y ecológicos de cada asunto. En Argentina, Chile y Uruguay, diversos especialistas agregan sus análisis, investigaciones y propuestas sobre la problemática local y regional, en particular del Mercosur.

En plena mutación de la economía y el comercio mundiales, *el Dipló* rechaza el «pensamiento único» y el conformismo, ofreciendo a sus lectores un espacio para pensar y debatir los desafíos que enfrentan el planeta y las distintas regiones del mundo.

Le Monde diplomatique: una voz clara en medio del ruido.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahora editado en Argentina,
para el Cono Sur

Le Monde diplomatique
Director Carlos Gabetta
Gerente Comercial Dante Voccia

Acuña de Figueroa 459
1180 Capital Federal
teléfono conmutador 4866 1881
teléfono directo 4864 3692
fax 4861 1687
email secretaria@eldiplo.org

Suscripciones:
teléfono 4864 3692
fax 4861 1687
de lunes a viernes de 10 a 18 horas
Info-dipló en internet:
www.eldiplo.org



POR Cristian Alarcón Periodista

EL Deseo gay



Hace varios años les escribí a mis amigos desde España, durante unas largas vacaciones que habían sido más bien una ceremonia de iniciación. Es en ese texto, apenas recordado, donde encuentro algunas pistas para este otro. Hacía un corto tiempo que asumía para mí lo que Yukio Mishima, el escritor de *Confesiones de una máscara* que se clavó una espada en el vientre el día en que nació —26 de noviembre de 1970—, llama *sinceridad*, una sinceridad más cerca del celo nipón, entendido como el fervor, la valentía, el arrojo, el saberse a sí mismo. Digamos que no importaba ya la vergüenza que mi padre juró tener por mí hasta el día de su muerte, o de la mía; ni la desesperación de mi madre ante lo que consideraba el fin de sus esperanzas de tener nietos, aunque dos hermanos heterosexuales me precedan en la línea sucesoria materna, la de los Casanova. Aquel viaje fue, en ese sentido, una aproximación al deseo homosexual y una aproximación también a la imagen de gay que terminaba de construir de mí mismo, una revelación en la que mi masculinidad estaba en juego y reconsiderada. Se trataba de dejar calzar ese deseo negado o sublimado durante tanto tiempo con mi yo que aún no incluía lo que hasta entonces consideraba sólo una mundana preferencia, un detalle libertino en una vida sufrida y dedicada, por eso, a menesteres placenteros.

Había estado seis años con J, la maravillosa mujer de la que estuve enamorado hasta que nos separamos con enorme dificultad y por causas más complicadas que nuestro deseo. Finalmente, sin flagelos, mi gusto por los muchachos terminó de manifestarse y de sumirme en una fiesta de escarceos con bellezas la mayoría de las veces adolescentes, chicos con cuerpos como hechos con la paciencia del origami. España era una experimentación que tenía más que ver con la deriva, entendida como la condición propia de un viajero con cierta ansiedad por enamorarse por primera vez de un hombre, lejos de toda mirada incómoda y de fobias porteñas que hacían la empresa más difícil que revolcarme de niño con mis primos en un establo del campo de nuestra bisabuela. Desde las primeras noches Madrid estuvo llena de ese frenesí, que si se intensifica, pronto pisa los talones de la autodegradación. Una mañana desperté en la casa de J, un muchacho de veintidós, de Segovia, que desnudo planchaba su camisa blanca y su levita de mozo. Con epítetos macarros madreaba a sus obligaciones laborales y patronos —¡cabrones, hijoputas!— insultos que bajo esa luz cenital que golpeaba su cuerpo sobre un piso antiguo del barrio de Chueca, a mí se me antojaron la prueba necesaria de que era un candidato atendible, un ser salido de un lugar mucho más real que todas mis fantasías anteriores.





Hacia el final, esperando a mi chico trabajador en Barcelona, me robaron en una noche todo lo que llevaba arriba, en un bar del Barrio Gótico. En un segundo, ni tan borracho, ni tan drogado, simplemente no tenía más la billetera, ni las tarjetas, ni un centavo, una peseta. Me sentí un idiota, me sentí abrumado, sin aire, caminé en círculos, acepté el abrazo de un amigo que me acompañaba, volví a caminar en círculos, hice el trayecto anterior mirando al piso, a la boca de las alcantarillas.

Harto, dije "vamos a sentarnos". Fuimos sin hablar, entonces, hasta la antigua fuente de agua siempre estancada en el medio de la Plaza Mayor. En una esquina dos grupos de alemanes borrachos se tiraban manotazos, y uno de ellos les silbaba a las pocas mujeres que cruzaban cerca de ellos. En la esquina opuesta un grupo de paquistaníes conversaba y varios *yonquis* se reían abrazados.

Pasó un tiempo que no pude contar, y yo me preguntaba por qué, por qué causa, motivo o razón me estaba pasando eso, por qué pasaría varios días sin dinero, encerrado y leyendo en un departamento del Barrio Chino, por qué había llegado el límite que encontraba con esa violencia y no por mi propia reflexión. Estaba en eso, ido como si yo mismo fuera uno de esos *yonquis* idos de sí, cuando uno de ellos se paró ante nosotros con una muñeca en

los brazos. Era un *yonqui* raro: me hizo pensar en los linyeras y ladrones que Genet sacó de las mismas calles para su *Diario* y para su cuerpo. Pequeño, con la figura delgada de una nena crecida de golpe pero aún rasa, llevaba un pantalón muy ajustado, ojotas, tenía los pies sucios, y una remera con un dibujo de Sailor Moon al que alguien le había bordado algunas lentejuelas. Nos miró con el desdén de una reina y dio vuelta la cara cantando una canción de cuna para su muñeca, un juguete casi tan alto como él, tuerta y calva, una de esas chicas de patas largas rellenas de aserrín.

Durante algún momento nos olvidamos del *yonqui*. Pero él de pronto volvió a aparecer. Lo vimos corriendo entre varios paquistaníes que festejaban algo. Corría tras su muñeca, robada por los muchachones de la esquina. Corría como escribiendo sobre el piso de la plaza enormes triángulos, yendo de un hombre a otro, buscando ese fetiche en el que se reconciliaba con sus arorroes y su niño persistente. Mi amigo lo miraba y me miraba, y ni él ni yo podíamos sacar afuera una palabra para librarnos de la imagen que nos asaltaba y nos encontraba diezmados.

Entonces recordé. Vi de pronto el fondo de la casa de mi abuela en Chile, la lavandería, la leñera, la quinta enorme de descuidados yuyos y





POR **Daniel Molina** Periodista



árboles de cereza, los troncos recortados para el invierno, y un sendero en el medio del campo. Por ese sendero es que me recordé a mí mismo corriendo. Debo haber tenido no más de cuatro años, faltaba aún un tiempo para el exilio en la Argentina, y venía de mis juegos con un grupo de nenas de la aldea, "las Culipay". Me había escapado de la casa de las niñas con una muñeca negra bajo el brazo, enceguecido por el deseo de que fuera sólo mía.

"El Cristian se lleva mi muñeca, el Cristian se lleva mi muñeca", gritaban a mis espaldas, pero yo, escapando por entre un sembradío de alubias, llegué a las piernas de mi abuela Aura, en las que me sumergí con la cara mojada por el llanto. Eso fue lo que me vino a la mente. Nunca antes lo había recordado. Se lo conté a M., mi amigo. Le pregunté, me preguntaba, si en ese *yonqui* había algo mío, si en esa muñeca harapienta, si en esa persecución, en esa desafortunada corrida estaba alguna de las respuestas que buscaba.

Otra vez nos habíamos olvidado de él cuando lo volvimos a ver ante nosotros. Había recuperado su preciada muñeca y la mecía ya con violencia entre sus brazos perforados. Lo hizo cada vez más fuerte. Lo hizo como si se fuera llenando de odio hacia esa misma muñeca que había necesitado tanto y terminó aferrándola de un brazo para hacerla girar sobre su cabeza como si fuera una remera en un recital, como un lazo, una afrenta. Al final la tiró contra nosotros, o hacia la fuente de aguas podridas. La muñeca se hundió a nuestras espaldas ■

MAR DE INSULTOS

Los niños diferentes, los que odiábamos cumplir con los estereotipos, comprendimos desde muy pequeños que nuestra diferencia era radical. Y lo comprendimos a partir del insulto: "¡Maricón!", me gritaban los chicos cuando yo no quería jugar al fútbol o participar de sus ridículas peleas. Esos mismos chicos fueron los que querían, pocos años más tarde, que nos masturbáramos juntos. Con los años me fui encontrando con la mayoría de ellos, los que me insultaban de niño y me amaron entre los 12 y los 17. Con Eduardo, por ejemplo, me encontré en 1994, al subir al taxi que manejaba. Hacía un año que se había casado por segunda vez, era padre de un par de muchachos con los que no se llevaba bien, pero creía que lo querían. Me invitó a tomar un café y, después de algunos rodeos, me propuso acostarnos. Al tano que vivía a la vuelta de casa lo encontré en 1998, caminando por la rambla de Mar del Plata junto a su mujer y a la menor de sus cuatro hijas. Me vino a visitar al departamento que yo alquilaba. También quería acostarse, me contó su vida y se puso a llorar. Me dio tanta pena que le acaricié la cabeza. En Río de Janeiro conocí, durante el verano de 1986, a un argentino que era profesor de la universidad y que se reía de los estereotipos sexuales actuándolos en clave irónica: su mejor papel era la interpretación de lo femenino llevado al exceso. Incluso convertía las voces neutras en femeninas: "Estoy triste", decía con una voz tan aguda que parecía la Callas en *La Traviata*. Y agregaba: "Las verbas y las preposiciones no son femeninas". Entre los siete y los dieciséis años yo no supe si debía comportarme como un macho (lo que no quería ser, ya que odiaba la violencia, el espíritu de patota y me atraían los cuerpos masculinos) o como una loca (que parecía el único destino posible para aquellos que no encajábamos en el estereotipo del varón). Me llevó tiempo salir de este esquema simplista: las dos caras del machismo. Antes de terminar el secundario descubrí que imitar a cualquiera de ellos no era lo mío (aunque la loca me

salía más fácil, porque parecía el modelo más degradado, y no había nada mejor que lo degradado para alguien que empezaba a sentirse orgulloso de ser diferente).

Comienzos de 1999. Tengo una visión: entiendo de golpe algo que desde hace tres décadas vengo presintiendo. Entro a comprarme una campera a Zara de Alto Palermo. En un vistazo lo comprendo todo: los varones que están solos son homosexuales, no hay duda. Se manejan con una independencia que los machos desconocen. Todos los que están acompañados por una mujer son machos, sin vueltas. Inmediatamente recuerdo la misma escena, vista cientos de veces en cientos de locales de venta de ropa masculina: los varones estereotípicos no pueden ni comprarse un calzoncillo. Son los hijos eternos, los que sólo funcionan con una madre al lado, los minusválidos existenciales. Los castrados. En el Emilio, Rousseau trata de construir un nuevo sistema de educación, que libere la capacidad creativa en vez de reprimirla. Allí se pregunta por qué la educación fracasa: "A los cinco años todos los niños son genios. A los 12 aún la mayoría tiene una inteligencia despierta; ¿por qué a los 25 casi todos ya nos hemos transformado en esos animales sumisos que sólo saben acatar?" Yo creo que la sociedad no fracasa: ella busca producir una multitud de seres sumisos y lo logra; ese es el triunfo de la educación. El niño tiene capacidad (y cierto permiso) para resistirse: he ahí su creatividad. Después de los 25 años sólo los artistas de la vida (aquellos que hemos elegido ser y actuar de manera diferente) conservamos esa capacidad. A pesar de que tuve que transitar un mar de insultos y violencias (un mar que siempre está ahí, al acecho, que permanentemente moja la suela de mis zapatos y cuya neblina suele nublar mis ojos), yo me alegro de ser homosexual. Esa diferencia hizo más intensa mi vida. La transformó en una poesía cotidiana que puedo compartir con mi Amigo, Matías. Y con mis amigos, los que tampoco se sometieron al estereotipo.



siempre hay un roto para un descosido.

En Terra,
buscá a tu pareja.
Porque el que busca aquí,
siempre encuentra. Y, con mucho
más de 97.000 usuarios inscriptos,
tenés para elegir y conocer gente de todo el
mundo. Mandá y recibí fotos, chateá y enviá mails.
Conocelos en Terra. Y también en el mundo real. En Terra,
siempre hay alguien especial para vos.

www.terra.com.ar
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | **www.ahira.com.ar**

terra 

Internet,
más tuya que nunca.



POR **Lohana Berkins** Secretaria del diputado Patricio Echegaray en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires

RELATOS DE UNA TRAVESTI ¿ACASO PENSÁS Que

Me pregunto cómo sentirá un hombre, porque nunca lo fui del todo. Ni siquiera lo parezco. Como mujer, te diré que tampoco sé cómo se vive. Porque tampoco soy mujer. Soy travesti. Esa palabra me identifica. Es el rótulo que llevo y por el cual me reconozco. Mi identidad psíquica y física. Mis tetas, mi pene, mi cuerpo entero. Y esta sonrisa que no podés ver.

Poco importa técnicamente cómo hago el amor. ¿Lo importante? Lo hago —y lo deshago— a mi antojo. Y más importante todavía es asumir que, como en muchas otras relaciones, en esta también se transita por una vía de dos manos: amor significa dar y recibir.

Si lo que te atrajo de esta nota era averiguar cómo coge una travesti, date por satisfecho, porque todo lo que tenés que saber está en el párrafo anterior.

Si, en cambio, decidís leer el texto entero, vas a encontrarte con cosas que, probablemente, no tienen nada que ver con lo que te imaginabas. De vos depende quedarte. Yo sigo. Y voy por la segunda medialuna de la mañana.

En las últimas semanas fui repasando historias y situaciones que viví. Me acuerdo de cierta ocasión, cuando probaba suerte laboral en un banco del centro. Una vez cumplidos los tres meses del precontrato no me quisieron efectivizar. Ese día salí del edificio sabiendo que no iba a volver, crucé la 9 de Julio y me senté en un banco de esos de las plazoletas, casi por llorar. Pero algo en mi cabeza hizo click y pensé: "La ceguera no es mía, es de ellos", porque yo había cumplido conscientemente con las tareas, los horarios y demás. Entonces, los mandé a cagar mentalmente y crucé la 9 de Julio como si fuera una reina (parecía Priscila, reina del desierto), me monté en mi blanco corcel con una bandera multicolor (o lo que es igual, me subí a un taxi envuelta en mi chalina) y seguí hasta casa como una diosa. El día, que venía avanzando horrible y triste, terminó siendo una sonrisa. Y me dio más seguridad; me supe sana, feliz. Orgullosamente travesti.

Revuelvo un poco más profundo en el canasto de la memoria y encuentro retazos, fotos, cosas que me muestran así desde siempre. En rigor de verdad nunca fui el muchacho de la cuadra. Yo quería ser la reina de la casa. Mi papá me ofreció, en cambio, y casi como premio consuelo, el lugar de príncipe. Por supuesto que no lo acepté. Pero yo podría haber elegido no asumir lo que siento, si es que estas co-



SÓLO es PONerse TACOS?

sas las elige una. También podría haberme suicidado o huir del país como me fui de Salta hace años. Podría haber elegido vivir una vida "normal", y eso fue lo que hice: hoy vivo como siento y mi mente está absolutamente armonizada con mi cuerpo. Nada tengo que adecuar a los esquemas de los demás y estoy contenta porque miro al mundo sin estructurarlo. Ahora sólo me hago cargo de mi vida, de mis pasiones y mis miserias que, dicho sea de paso, son las mismas que las de los demás mortales y argentinos: la injusticia, pagar las cuentas a fin de mes con el sueldo de un trabajo digno, la estupidez de la gente. Pero también disfruto de las mismas cosas: leer, comer, charlar muchísimo, ver TV y ser la chica más guapa, por ejemplo. Ahora tomo el último sorbo de café y llevo la taza a la piletta. Ya vuelvo.

Tardé un rato porque aproveché el viaje a la cocina para acomodar la ropa que retiré ayer del lavadero. Cuando volvía de la habitación me miré en el espejo del pasillo. ¿Querés que te diga la verdad? Me reconocí vestida de entrecasa y me vi linda. ¿Vos pensabas, acaso, que es solamente ponerse

tacos? No, ni de cerca. Si no tenés claras las cosas en tu cabeza, por más que te vistas de mujer, vas a ser un hombre. El travestismo es un tema de identidad, una cuestión de género, no de sexualidad. Yo, como la amplia mayoría de los humanos, nací con una genitalidad, pero me puedo construir desde otra. Trato de armarme por fuera de toda la "realidad" establecida respecto de los géneros. Antes tenía la fantasía de que si salía con una mujer me iba a volver hombre. Obviamente, hace tiempo que ese es un tema que ha dejado de preocuparme porque entendí que dos hombres pueden besarse, o dos mujeres, o dos travestis. O más de dos. Porque el objeto de deseo nada tiene que ver con el género al que se pertenece.

Permitime una nueva expedición a la cocina, esta vez en busca de un vaso de agua. Abro la heladera y veo —apiladas en el cajón de abajo, casi sonrientes— unas naranjas. Supongo que esta es otra de las cosas que querías saber. Te la cuento antes de terminar, casi como un premio por haber leído la nota: recién a los 18 me puse tetas. Eran por mí (no para mí) y no por demanda de nadie. Tenerlas significó completarme estéticamente porque yo pensaba que era una travesti con pocas tetas; y ponérmelas es uno de los *highlights* de mi vida. Bañarme, ver mi cuerpo desnudo. No era algo fetichista, pero me encantó. Y aún me encanta. Y no solamente a mí.

Yo ya terminé de decir lo que quería. No sé qué pensás vos de las travestis. No sé si te gustan, si te provocan sentimientos encontrados o lo que fuera. Quiero que me respetes. Yo siento y pienso así y no voy a vivir oculta. Simplemente busco construir mi vida desde la identidad que me corresponde. No estaría en un trabajo, ni en una reunión, ni en ningún lugar, mucho menos una pareja, que me condicionen. Yo no tengo por qué *travestizarme* de otra cosa; esto es lo que soy y amo ser travesti. Es lo que me construye, lo que me marca. Es mi historia, mi cuerpo. Me hace feliz, me da placer, me posiciona ante la vida y ante los demás. Es el más bello de los caminos sin retorno y creo que recién estoy dando los primeros pasos. Vaya una a saber qué hay más adelante. Tal vez, en un geriátrico, tomando mate y jugando a las cartas con los viejitos; yo, con un rodete de pelo blanco, con un bastoncito y mi cuerpo tal como lo formé, sin agregarle ni sacarle nada ■



POR **Mauro Cabral** Historiador

¿UN HOMBRE EN EL CUERPO DE UNA MUJER?

Existe un grupo del que se habla poco. Aquellas personas que nacen con cuerpo y genes de mujer pero que espiritual y psicológicamente se sienten —y actúan— como hombres. Aquí, un testimonio.

Soy un hombre XX. Un hombre que nació con un cuerpo que las personas y la ley reconocen claramente como el que corresponde a una mujer. Pero que nunca se sintió como tal. Un hombre transgenérico.

Como definición de una identidad posible, esta continúa siendo una afirmación extraña. Somos una suerte de eslabón perdido del orden de los seres y las cosas, y nadie sabe exactamente cuántos de nosotros existen en realidad. Los números y estadísticas sobre nuestra experiencia del género y lo corporal suelen ser tan esquivos como nuestras biografías y testimonios y, muchas veces, además de un transexual de mujer a varón, soy un hombre solo.

Como la mayoría de mis hermanos de transición en casi todas partes, encontré mi destino en la angustia de una niñez vivida en una diferencia para la que no había un nombre; en el hallazgo fortuito de libros en inglés, de artículos poco serios de revistas hojeadas en salas de espera, que hablaban de personas lejanas y experiencias idénticas, historias increíbles y sin embargo guardadas como una cuenta pendiente con el futuro.

Como la mayoría de los hombres transgenéricos, yo también aprendí a un tiempo a esquivar y amar los espejos; a mirar atentamente e imitar a los hombres XY en la calle, en el trabajo, en los bares, a percibir esos gestos mínimos que conforman, en la mirada de los otros y las otras, a un hombre. El color de las medias. La entonación al terminar una frase. A sellar la masculinidad en la forma de las patillas. En la mane-

ra de pararse. Aprendí a actuar un macho biológico cualquiera para sentirme protegido entre la gente, y también decidí, recién entonces, que no quería ser un hombre como son muchos hombres, que no quería, por ejemplo, ser un hombre como el que es mi padre.

Como la mayoría de los hombres XX me encontré desde el principio enfrentado al terror de lo ineludible. Los hombres trans estamos a merced de la violencia; no sólo de la violencia de nuestras familias y de nuestras escuelas; no sólo de la violencia interpretativa de psicoanalistas y psiquiatras que regulan muchas veces nuestras vidas, la violencia del mercado negro de cirugías, la violencia teórica y política de quienes colonizan nuestra experiencia; no sólo de la violencia de un nombre que no puede cambiarse en el documento, de las humillaciones de la vida cotidiana en la calle, los hospitales, las universidades y las cárceles, sino de la violencia inmediata de las violaciones y asesinatos de hombres trans.

Como la mayoría de los transexuales de mujer a varón que inician su transición a través de las hormonas, descubrí muy rápidamente también que aquello que enorgullece a los hombres nacidos hombres —la voz, la barba, la contextura muscular— se compra en una farmacia; que la masculinidad química es relativamente barata, de venta libre y muy peligrosa si no hay alguien más, que sepa lo suficiente de endocrinología, vigilando el proceso. Y dolorosamente aprendí que, en virtud de nuestras leyes, por lo general no hay nadie más. Como la mayoría de los hombres XX de

mi edad descubrí desde el comienzo que estaba rodeado de la incredulidad general. ¿Acaso es posible, nos dicen, transformar los cuerpos al punto de convertirlos en indistinguibles de los modelos anatómicos provistos por la masculinidad XY? Quienes nos interpelan así ignoran casi todo respecto a las cirugías a las que tenemos acceso, que van desde la construcción de pechos masculinos a la de genitales, incluyendo las gloriosas faloplastias belgas (que construyen testículos y penes de un realismo increíble... pero real). La misma incredulidad rodea la existencia de aquellos entre nosotros que no toman hormonas, que no se operan, y que eligen vivir su vida simplemente como hombres diferentes. La misma incredulidad que rodea nuestra sexualidad, considerada por lo general bajo la norma de la heterosexualidad obligatoria, ignorando la diversidad de nuestros deseos y nuestros goces. Nuestros cuerpos, reconstruidos o no, son viables, fuertes, hermosos, sienten, funcionan, desean y son deseados.

Como muchos de los hombres transgenéricos de mi tiempo, conozco varios casos como el mío en la historia universal; tengo muchas direcciones de organizaciones y personas en el extranjero, y unos cuantos teléfonos en mi agenda de otros tipos como yo, que hablan castellano y hacen su transición en condiciones similares a las mías. Lentamente, y a diferencia de la mayoría de los que vinieron antes, nosotros estamos empezando a dejar de estar tan solos ■

Hay una red de hombres trans: redtrans@transman.org

canal(á) septiembre

toda la actualidad todos los espectáculos



arte y espectáculos **américa latina**

Canal (á) presenta

DOMINGO A LAS 22 HS.

Shows, recitales, espectáculos. Los mejores eventos de América Latina y el mundo, grabados en exclusiva para Canal (á). Una entrada imperdible para disfrutar del mundo del espectáculo sin salir de casa.

DOMINGO 2
La Mississippi

Una de las bandas de Rythm and Blues más importantes de la Argentina. En este recital la agrupación formada por Ricardo Tapia, Gustavo Ginoi (Guitarra), Juan Carlos Tordo (Batería) y Claudio Cannavo (Bajo) presenta los mejores temas de su carrera.



La Mississippi.

DOMINGO 9
Chavela Vargas

Una de las cantantes mexicanas más reconocidas de Latinoamérica y el mundo en un concierto realizado en Argentina donde interpretó sus más famosas canciones: "Macorina", "Mundo Raro", "Cruz de olvido" y "Volver, volver" entre otros.



Chavela Vargas.

DOMINGO 23
Gal Costa canta a Tom Jobim

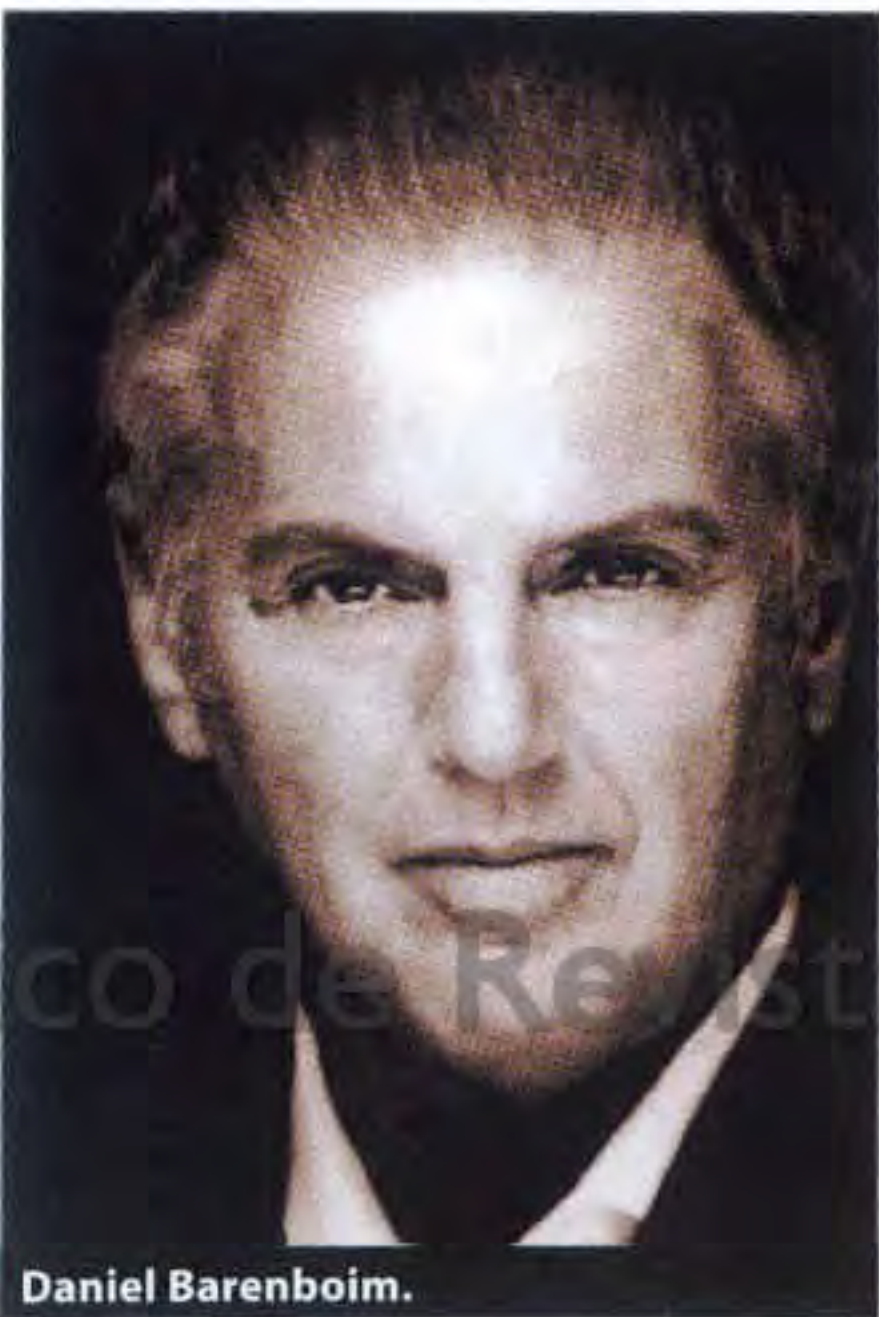
Un recital único donde Gal Costa le rindió homenaje al genial Tom Jobim e interpretó los grandes temas del creador de la Bossa Nova, como "Corcovado", "Garota de Ipanema", "A felicidade" y "Chega de Saudade".



Gal Costa.

DOMINGO 30
Daniel Barenboim

Concierto Semifinalista en los Premios Emmy, producido por Canal (á). El maestro Daniel Barenboim celebró sus 50 años con la música. El célebre pianista interpretó junto a Rodolfo Mederos y Héctor Console los grandes tangos que componen su CD Mi Buenos Aires Querido: "El día que me quieras", "Adiós Nonino", "Primavera Porteña", entre muchos otros.



Daniel Barenboim.

Letra y música

LUNES A VIERNES A LAS 0:30 HS.

Silvina Chediek propone una entrevista íntima para compartir la partitura musical de la vida de los invitados: un recorrido por sus recuerdos y las canciones que marcaron su historia personal. Conduce: Silvina Chediek. Acompañamiento musical: Esteban Morgado.



Silvina Chediek.

Perfiles de España

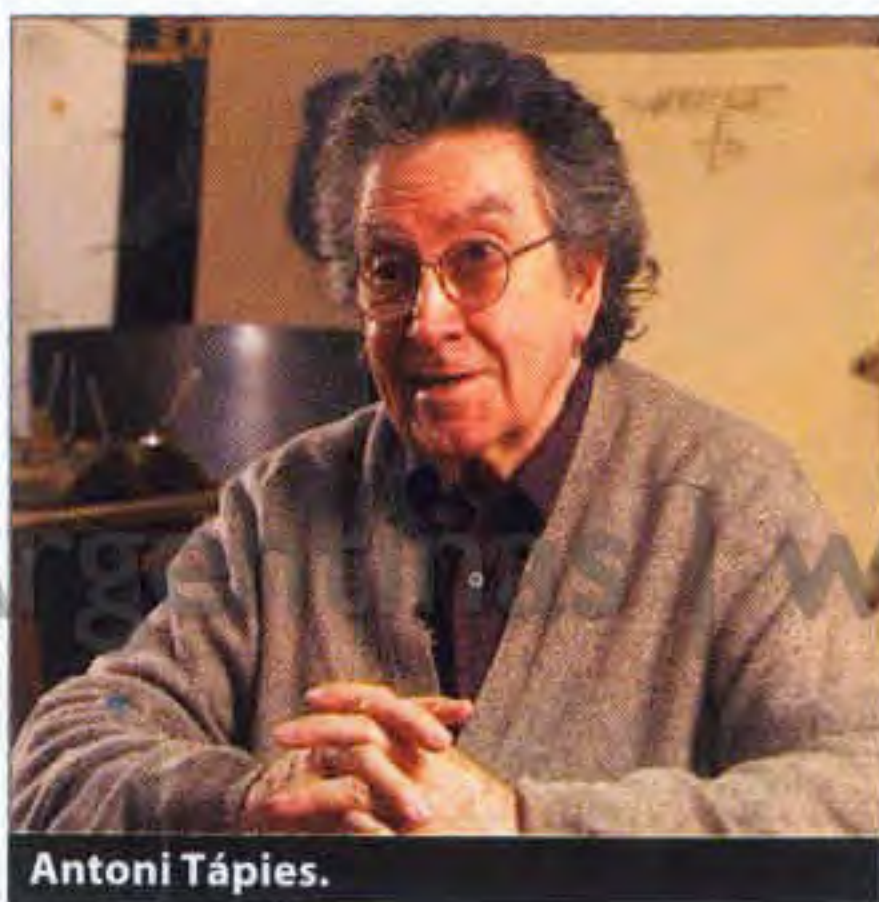
MARTES A LAS 22 HS.

MARTES 4
José Luis Berlanga.
Director de cine.

MARTES 11
Rosa María Sarda. Actriz.

MARTES 18
Fernando Trueba.
Director de cine.

MARTES 25
Antoni Tápies. Artista plástico.



Antoni Tápies.

Querida Leonor

DOMINGO A LAS 24 HS.

Cartas, manifiestos, testamentos, telegramas, diarios íntimos y hasta dedicatorias. Querida Leonor pretende contar la historia no contada rastreando y leyendo la correspondencia a lo largo del tiempo. Un programa para asomarse a la vida privada de los personajes públicos, a través de textos leídos por Leonor Benedetto y los invitados.



Leonor Benedetto.

Grafonauta

VIERNES A LAS 21 HS.

El primer programa de televisión sobre medios gráficos: entrevistas a las personalidades de los diarios y las revistas, backstage de producciones gráficas, tendencias, cómics, datos curiosos, hábitos de lectura y todas las misceláneas de la prensa gráfica.



Grafonauta.

VIERNES 7
Langer.

VIERNES 14
Caloi.

VIERNES 21
Ludovica Squirru.

VIERNES 28
Prensa de la Casa Rosada.

CARRUSEL

dime cómo te vistes...



Es un dato curioso que la mayoría de los diseñadores más reconocidos de ropa de mujer sean hombres. Una de las posibles explicaciones es que un hombre sabe qué le gusta a otro hombre que se ponga una mujer, y que la mujer se vista para seducir al hombre. Otra posibilidad es que en la sociedad en la que vivimos es lógico que triunfen los hombres más que las mujeres. Y la tercera explicación está constituida por la pura casualidad. **Emir**

Bilbao, Galería Larreta, 1° piso, local 47, Florida 971. Laurencio Adot, Santa Fe 1752 - 4° "A", 4813-0547. Benito Fernández, Libertad 1228 - 3° "A", 4802-7913.

todo sobre mi madre

En cualquier película que lleve la firma de Almodóvar, las confusiones identitarias terminan siendo muchas veces casi tan importantes como el eje argumental del film. En este caso, el español juega con una madre soltera, un padre-travesti, un travesti que no es padre y una futura madre. Los roles están bien definidos, mientras la trama se balancea entre la identidad, la soledad, la maternidad, el sida y la donación de órganos. Una vez más el ojo de Almodóvar se destaca logrando una estética perfecta. **Todo sobre mi madre de Pedro Almodóvar, Videoteca Liberarte, Corrientes 1555, abono por 5 películas: \$ 22**

yin y yan

El yin y el yan tienen varias acepciones de acuerdo con la óptica bajo la cual se los enfoque. Una de ellas es que todo lo malo tiene algo bueno. Pero en este caso vamos a centrarnos en eso de que todo hombre tiene algo de mujer y viceversa. Los cultores de esta idea promueven el reconocimiento y la aceptación de ambas partes de cada uno para poder conformar un todo más armónico. **Manyú, Uruguay 875, anillos y esferas anti-stress con motivos yin y yan, desde \$ 4.**



Travesti / Recolección vacía:

Daniel Melero, Musimundo, \$ 27

Sitio dedicado a los hombres:

www.varones.com.ar

Boys don't cry: película de

Kimberly Peirce, Planet movie, J. B. Alberdi 58, \$ 3,90.

Dibujos y pinturas basados en los cuerpos de hombres y mujeres:

www.geocities.com/jesus_romero_ar/

Ropa interior erótica: Juana

de Arco, El Salvador 4762; Erotidia, El Salvador 4741

DIRECCIONES

pongámosle Claudia

Pasaron largos años antes de que pudiese verlas en vivo y en directo. Pero cada noche mi imaginación picaba en el trampolín de su camisa verde, hasta que me sorprendí una tarde —ella también lo hizo— mirándole alevosamente esos dos sobremontes tungentes que derretían mi curiosidad. Claudia era empleada del negocio que quedaba al lado de mi casa. Yo no tendría más de 10 años, y ella apenas habría pasado los 30. Sus senos alimentaban mi incipiente voyeurismo cuando se acodaba, distraída, en el mostrador para charlar conmigo. A mí se me hacía casi imposible seguir el hilo de una conversación que, de cualquier modo, no tendría sentido. Yo no invertía mis tardes en palabras, sino en miradas. No en filosofía sino en fetiches. Me habían contado que esos atributos marcarían el rumbo de mis días como hombre y, aunque después entendería que eso no era necesariamente así, pocas cosas me habían provocado antes la fascinación que sentí en ese momento. Deslumbrado, entonces, encaré una investigación rigurosa sobre las tetas tomando como fuente cada una de las revistas porno a las que pude acceder, pero recién terminé de comprender algunas cosas con la llegada de la videocasetera. Y aún hoy —cybertecnología mediante— sigo sorprendiéndome cada vez que me enfrento a un nuevo trabajo de campo.

morrisey

Este disco manda a la hora de romper con los esquemas tradicionales de las canciones de amor. Canta Leo García: "Sabrá tu novia que escuchamos Morrissey, que me extrañas más de lo que ella te extraña...", haciendo alusión a una época en la que nada hay que reprimir en lo que a preferencias sexuales se refiere. No son muchas las canciones de amor que enlazan personas de un mismo género, por eso es bueno ser pluralista y aplaudir este intento que, además, es musicalmente impecable.

Leo García, Mar, Miles, Honduras 4912, \$ 19.

“LA MUJER ES EL NEGRO DEL MUNDO”
JOHN LENNON

hombres casados

En muchos de los cuentos de este libro, Marcelo Birmajer da en la clave precisa de lo que se conoce como “típico hombre argentino” —al menos de la boca para afuera—, y que, con muchas excepciones, tiene un discurso que permite reconocerlo. Historias de hombres casados, infidelidades, reflexiones sobre el matrimonio, contadas por y desde la visión de un hombre argentino contemporáneo. *Historias de hombres casados; Marcelo Birmajer, Ed. Aguilar, \$ 18, Librerías Santa Fe, Av. Córdoba 2064.*



MEGA photo

LABORATORIO FOTOGRAFICO PROFESIONAL

Fitz Roy 1435. Capital
Tel./Fax 4777-1822
4772-3444

PROCESO E-6 Q-LAB TESTEADO Y APROBADO POR KODAK ROCHESTER
COPIAS AUTOMATICAS Y MANUALES. GIGANTOGRAFIAS. C-41. CONTACTOS



TA LATI
CASA de Correo 144
SUCURSAL 12 (B)
12 - BUENOS AIRES

Nos queda emoción

Les escribo en una tarde fría y gris de sábado, mientras pienso y busco una salida más decorosa que evadirme de la realidad o, simplemente, mirar para otro lado. ¿O será, como dice Sabina en una de sus canciones, que fuimos nacidos para perder? Pero no puedo dejar de pensar... ¿qué esperan de nosotros? Quizá que bajemos la cabeza, o que de verdad nos creamos un pobre agujero (como dice León Gieco). Si casi no podemos soñar ni proyectar aunque nos rompamos el alma para darles a nuestros futuros hijos una vida digna. Sin morirnos de miedo, con sólo pensar que se termina el dinero, que no hay más trabajo, que aún tenemos que aguantar un poco más... ¿Pero cómo se hace todo esto? Menos mal que estamos acostumbrados al maltrato, que nos aguantamos todas sin bajar los brazos, que todavía nos quedan emoción y sangre

en las venas, porque si no... creeríamos que lo lograron. Estoy convencida de que la unión hace la fuerza... cuantos más brazos, mejor. Latido me conecta con mis dos mundos: el de adentro (complicado, contradictorio, claroscuro) y el de afuera (también). Hasta cada mes de nuestras vidas.

MÓNICA VARELA

liam@xlnet.com.ar

Avalancha

Luego de haber leído el número sobre "No doy más" (N° 26) me dio la sensación de que nos quieren ajustar hasta los sentimientos. Pero más allá de esta tormenta, como asegura el cantante Enrique Bunbury: Avalancha, aún nos quedan cosas por hacer. Avalancha, aún nos quedan cosas por decir.

Los felicito por la revista, posee una excelente calidad espiritual y cultural. Siento que los lectores somos espejitos que formamos el gran espejo Latido en el cual nos vemos reflejados.

MAXIMILIANO D. GARCÍA

elmediumdoors@hotmail.com

Aquí, ahora

Definitivamente me decidí a escribir cuando tuve en mis manos los números sobre "El Paraíso" (junio 2001) y "Amigos" (julio 2001). Una vez leí un cuento, no recuerdo el autor, que narraba una cena entre amigos. Ellos comían asado, tomaban vino, jugaban al truco, hablaban de fútbol, inventaban historias junto a las más pulposas mujeres... en fin: lo que hacemos todos, todos los hombres cuando nos juntamos con nuestros amigos. Pero lo más importante es que estos hombres estaban muertos, se hallaban en el Paraíso. Eso era

el paraíso para ellos. Lamentablemente, y después de leer el último número ("No doy más"), espero que no nos quiten las ganas, ni el dinero, ni las esperanzas para, por lo menos, ser felices en la Tierra con nuestro amigos.

Un abrazo, sigan así.

SEBASTIÁN SAFFINI

sebastiansa@yahoo.com

Paraíso & infierno

El encuentro mensual con Latido es para mí devorar cada línea, cada palabra con la sensación de vivir un ejercicio constante de la memoria y el recuerdo. Un movimiento que se funda y pasa por resentir (volver a sentir) y repensar (dar una vuelta más de tuerca). Por eso acceder a la publicación es la posibilidad de darme un gusto pero a la vez un espacio que me permite

Suscribite a LATIDO y recibí de regalo 2 ejemplares a tu elección

☐ N°3 ☐ N°5 ☐ N°6 ☐ N°7 ☐ N°8 ☐ N°9 ☐ N°10 ☐ N°11 ☐ N°12 ☐ N°13 ☐ N°14 ☐ N°15 ☐ N°16 ☐ N°17 ☐ N°18 ☐ N°19 ☐ N°20 ☐ N°21 ☐ N°22
☐ N°23 ☐ N°24 ☐ N°25 ☐ N°26

Un año (12 números)

Argentina \$ 54.-

Uruguay, Brasil, Paraguay,

Bolivia y Chile \$ 75.-

Resto de América \$ 84.-

Resto del mundo \$ 88.-

Formas de pago:

•Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.

•Débito en mi tarjeta Visa ☐ Mastercard ☐

N°.....

VencimientoCód. seg.

Nombre:

Dirección completa:

Documento:

Ciudad:

País:

Tel:

E-mail:

Firma

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires. Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.

Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar

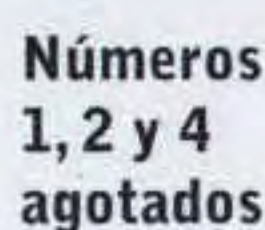
Como siempre la lectura se matizó y se nutrió de otras

nuos. Buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio" Me gustó tomar como una posible punta esta idea. Simplemente porque es común que se defina a estos dos sitios por oposición o separación y en este caso el autor nos habla de un paraíso y un infierno no necesariamente escindidos. Nos plantea la posibilidad de rescatar, hacer durar, reinterpretar, construir y convertir mucho de lo que nos rodea en ese paraíso posible, cercano, conformado sencillamente por aquello que queremos y deseamos... lejos de la eternidad y del final de los días.

virginiagiacosa@uole.com

Escribir contra la costumbre

Durante los meses de octubre y noviembre va a desarrollarse un seminario-taller dedicado a la escritura y técnicas del nuevo periodismo. Los encuentros, de frecuencia semanal, serán coordinados por Luis Gruss, colaborador habitual de Latido y otras publicaciones. Con vacantes limitadas y entrega final de certificados, el curso está especialmente dirigido a gente que ya cuente con experiencia periodística o literaria y desee incursionar en un abordaje más personal y creativo de los textos. Para informarse sobre horarios, aranceles y demás, los interesados pueden llamar al **4958-7525** o dirigirse por e-mail a lgruss@ciudad.com.ar





MARK TWAIN EMPEZÓ, COMO
TANTOS, EN EL PERIODISMO. PERO
ENSEGUIDA SE INCLINÓ POR LOS
VIAJES Y LA LITERATURA. NACIDO
EN NOVIEMBRE DE 1835 CON EL
NOMBRE DE SAMUEL LANGHOME
CLEMENS, EL ESCRITOR ESTADO-
UNIDENSE SE DEDICÓ A MUCHAS
COSAS: FUMÓ HASTA AHOGARSE,
BUSCÓ ORO EN LAS MONTAÑAS DE
NEVADA, NAVEGÓ LOS RÍOS
AMAZONAS Y MISSISSIPPI, SUFRIÓ
VARIAS DESGRACIAS PERSONALES
—LA MUERTE DE SU ESPOSA Y LA DE
UNA DE SUS HIJAS— Y ESCRIBIÓ
“LAS AVENTURAS DE TOM
SAWYER”, POR MENCIONAR SU
OBRA MÁS CÉLEBRE. CAMPEÓN DE
LA NARRATIVA HUMORÍSTICA,
ALGUNA VEZ SE PREGUNTÓ POR
QUÉ NOS ALEGRAMOS EN LAS
BODAS Y LLORAMOS EN LOS
FUNERALES. SU RESPUESTA FUE:
“PORQUE NO SOMOS LA PERSONA

EL DIARIO DE ADÁN

LUNES. —Esta nueva criatura, de largos cabellos, es bastante molesta. La encuentro por todas partes y me sigue siempre. Detesto tal cosa, no me hallo habituado a la sociedad. Quisiera que se quedara con los demás animales. Hoy es un día gris, el viento sopla del Este. Creo que “nosotros” vamos a tener lluvia. He dicho “nosotros”, ¿dónde he aprendido esa palabra? Ahora lo recuerdo, la aprendí de esta nueva criatura.

MARTES. —He recorrido mi dominio. La nueva criatura lo llama Jardín de las Delicias; ¿por qué? Yo no sé nada de eso.





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dice que se asemeja al Jardín de las Delicias. Eso no es una razón para llamarlo así; es una idea fija, una manía suya. Yo nunca he podido dar un nombre a cosa alguna; la nueva criatura los distribuye a todo cuanto ve, antes que yo haya podido protestar. Y siempre invoca el mismo pretexto: "Esto se parece a...". Me resulta fastidioso perderme en estos pormenores, eso me perjudica.

MIÉRCOLES. —Me he construido un refugio para defenderme de la lluvia; pero es imposible conservarlo para mi uso exclusivo. La nueva criatura se ha refugiado en él: cuando he querido echarla, ha brotado un manantial por cada uno de los dos agujeros que tiene en la cabeza y le sirven para mirar. Ha enjugado el agua con el dorso de su pata dejando oír un gemido lastimero, parecido al de los demás animales cuando se hallan en peligro. Bien quisiera que se callara, pero habla siempre; la compañía de esta pobre criatura no es un placer para mí, es más bien una obsesión.

Nunca he oído la voz humana, y todo sonido nuevo y extraño que llega a perturbar el silencio majestuoso de estas soledades etéreas hiere mis oídos y me parece discordante. ¡Esta voz nueva resuena tan próxima a mí!, unas veces a mi lado, otras a mi oído, primero a la izquierda, y después a la derecha. Estoy habituado a sonidos más o menos atenuados, a las voces lejanas que vienen a encantar la inmensidad silenciosa que me rodea, voz de la naturaleza, me imagino, al bramido de los vientos en los bosques, al murmullo apacible de las tímidas fuentes, a los ruidos discretos que nacen en la calma de la noche; todo ello me llega, me imagino, de esos puntos luminosos que brillan y relucen en el firmamento. ¡Mi existencia es menos feliz que en el pasado!

SÁBADO. —La nueva criatura come demasiadas frutas. Probablemente, nosotros vamos a encontrarnos pronto con escasez. Vuelvo a decir "nosotros"; es su palabra, es la mía también, agregó, a fuerza de escuchársela. Mucha niebla esta mañana; me quedo en casa por esa niebla; la nueva criatura apenas se inquieta por ella. Sale en todo tiempo y

chapotea en el fango. ¡Y habla! Se estaba tan bien y tan tranquilo antes de su llegada.

DOMINGO. —¡Terminó la jornada! Este día se va haciendo cada vez más fastidioso. Ha sido elegido y clasificado como día de descanso desde noviembre último. Antes, yo tenía ya seis días de reposo por semana; ¡es una de las cosas todavía incomprensibles! A mi parecer, hay demasiados reglamentos, demasiados programas, demasiado orden, pero no bastante de dejar hacer y de "nada me importa" (para memoria: haría mejor en guardar esta reflexión para mí).

Esta mañana he encontrado a la nueva criatura tratando de hacer caer manzanas del árbol prohibido; pero no puede alcanzarlas, se pone de través y me parece que las frutas no corren mucho riesgo.

LUNES. —La nueva criatura dice que su nombre es Eva. Está bien; no veo en ello ningún inconveniente. Dice que ese nombre sirve para llamarla cuando yo necesite de ella. Le contesto que en ese caso es cosa superflua. Esta palabra parece realzarme en su espíritu; evidentemente es una bonita palabra, una "palabra de efecto" que en caso necesario podrá ser reemplazada. La nueva criatura dice que ella no es una "Cosa" sino una "Persona". Esto me parece dudoso; pero, por otra parte, me parece igual. Lo que ella puede ser me importaría poco, si solamente ella quisiese dejarme en paz y quedarse tranquila.

SÁBADO. —Me he escapado el martes pasado; he podido viajar dos días, construirme otro refugio, en un lugar apartado, y lo he disimulado tanto como he podido, pero ella me ha descubierto por medio de un animal que ha amansado y al que llama lobo; dejó oír ese ruido lamentable que ya conocía y derramado agua por los mismos orificios que el otro día. Me vi obligado a volver con ella, resuelto por entero a emigrar de nuevo en cuanto se presentara la primera ocasión.

Ella comienza a preguntarme un montón de cosas estúpidas; entre otras, quiere saber por qué los animales que ella llama

leones y tigres viven comiendo hierba y flores, cuando su dentadura parece indicar, dice, que están destinados a comerse entre ellos. Es una ineptia, porque si se devoraran entre ellos, se matarían, y eso significaría introducir en la tierra lo que se llama "la muerte". Por otra parte, he oído decir que la muerte todavía no había hecho su entrada en el mundo.

DOMINGO. —¡Ha pasado un domingo!

LUNES. —Creo que empiezo a comprender la razón de ser de la semana: es de seguro para descansar del aburrimiento del domingo. Es una idea bastante buena, en un país donde los pensamientos geniales son verdaderamente raros (para memoria: más vale guardar para mí esta observación).

Ella ha vuelto a trepar a ese árbol. La he echado de allí. Responde diciendo que nadie la veía. Parece considerar esta razón como motivo suficiente para intentar una aventura arriesgada. Esta palabra "motivo" le produce un efecto soberbio, sobre todo, un efecto de envidia. Una palabra más que hay que reemplazar.

JUEVES. —La nueva criatura me cuenta que ha sido hecha de una costilla que se tomó de mi cuerpo. Esto me parece dudoso, acaso imposible, porque palpándome, veo que no me falta ninguna costilla...

El cernícalo es un pájaro que la preocupa mucho; pretende que la hierba no le conviene y teme no poder criarlo; cree que es necesario alimentarlo con carne podrida. Caramba, tanto peor para el cernícalo; es menester que se conforme con lo que se le da. No podemos cambiar todos los planes que existen para satisfacción del cernícalo.

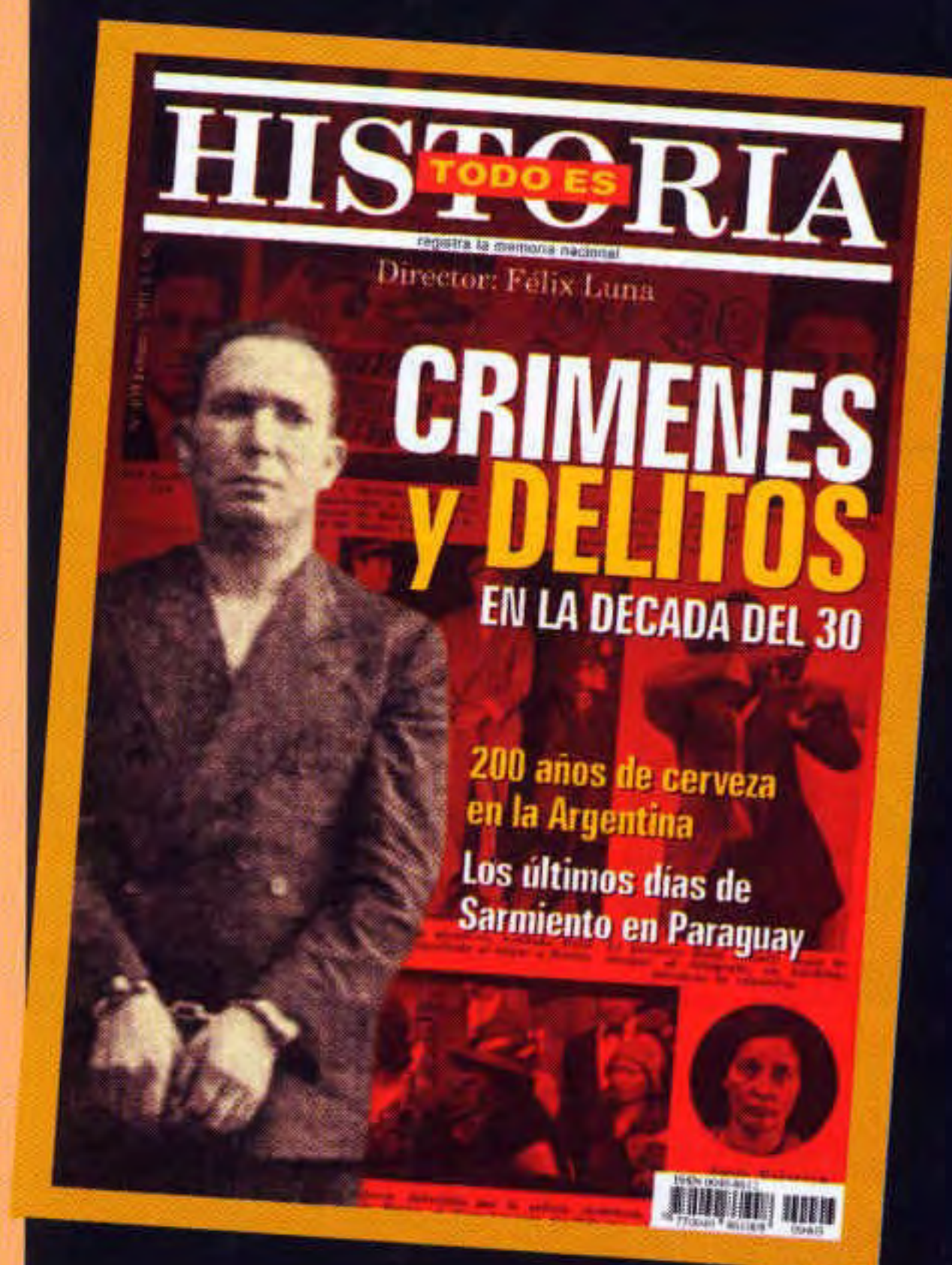
SÁBADO. —Ayer ella cayó en el vivero, cuando se miraba en el agua, como es su costumbre. Le faltó poco para ahogarse y dice que es algo muy desagradable; esta experiencia la ha vuelto más tolerante para los seres que viven en el agua y a los que llama "peces". Porque ella continúa dando nombres a los seres que no tienen ninguna necesidad de ellos. Estos seres no vie-

más de 34 años registrando
la memoria nacional

HISTORIA

TODO ES

Dirigida por FELIX LUNA



**TODOS LOS MESES
EN SU KIOSCO**

nen cuando se los llama, pero a ella eso le parece encantador, tan tonta es; ha tomado varios peces, los ha llevado a mi casa y colocado en mi cama para darles calor; los observo de tiempo en tiempo, y no advierto que se hallen más felices que estando en el agua. Al llegar la noche, los arrojaré afuera; no quiero dormir con ellos, porque son viscosos y me parecería desagradable como para cualquiera tan poco vestido como yo, acostarse en medio de tales animales.

DOMINGO. —¡Otro domingo! ¡Uf!

MARTES. —¡Ahí está, ocupada ahora con una serpiente! Los otros animales están encantados, porque ella los aburre a fuerza de hacer estudios sobre ellos. Yo me siento igualmente satisfecho; la serpiente habla y eso es un reposo para mí.

VIERNES. —Ella dice que la serpiente le aconseja probar la fruta de este árbol; que comiéndola hallará una instrucción cuidadosa, escogida, y sin límites. A lo que yo he respondido que habría en ello otro resultado, el de introducir la muerte en el mundo.

Cometí una falta; habría hecho mejor guardándome mi reflexión; ella ha encontrado en eso una ventaja: la de dar carne fresca a los leones y tigres entristecidos, y salvar al cernícalo enfermo. La he comprometido para que desconfíe de ese árbol; no quiere. Preveo disgustos, pero emigraré.

MIÉRCOLES. —Tengo placeres variados. Esta noche me he escapado a caballo; he galopado tanto como he podido esperando salir del Jardín y ocultarme en otro país, antes que los disgustos me caigan encima; pero he fracasado. Alrededor de una hora después del amanecer, cuando cruzaba a caballo una planicie florida donde miles de animales pastaban, dormitaban o se divertían hasta hartarse, se desencadenó de pronto en torno mío una tormenta horrible; la llanura se transformó en un caos tumultuoso en donde los animales se devoraban entre ellos. He comprendido el sentido de ese trastorno. ¡Eva había comido ese

fruto, y la muerte llegaba al mundo!
Los tigres se arrojaron sobre mi caballo, no escuchando la orden que yo les daba para que le dejaran; si yo me hubiese quedado allí me habrían devorado. Tuve la prudencia de huir. He podido descubrir este retiro, fuera del Jardín, y he permanecido agradablemente varios días en él; pero ella me ha vuelto a encontrar. En el fondo, debo confesar que me sentí bastante satisfecho de su llegada, porque aquí hay muy poco que recolectar, y ella me trajo algunas de aquellas manzanas. Me vi obligado a comer. ¡Tenía tanta hambre!



Esto ha sido absolutamente en contra de mis principios, pero confieso que los principios no tienen fuerza ni razón de ser sino cuando uno está alimentado... hasta la saciedad. Ella llegó envuelta en ramas con hojas; cuando le pedí una explicación de esta mascarada y quise arrebatárle tan extraña vestimenta, se puso a reír y se ruborizó. Jamás había visto antes sonreír ni ruborizarse a persona alguna, y esto me pareció tan fuera de lugar como estúpido. Me respondió que muy pronto yo mismo comprendería la razón.

Esto era exacto. Hambriento como estaba, dejando a un lado la manzana empezada (ciertamente la mejor que jamás probara, pensando sobre todo en lo avanzado de la estación), me proveí yo también de ramas y hojas, y, hablándola severamente, le intimé la orden de procurarse otras para no ofrecerme el espectáculo de su desnudez. Así lo hizo, y luego nos acercamos hasta el campo de batalla de los animales; recogimos allí varias pieles y yo le he hecho coser algunas para las grandes ocasiones. Estas vestiduras resultan muy molestas, eso es verdad, pero tienen su "chic", que es el punto principal de tales cosas...

En el fondo, Eva es una buena camarada. Me doy cuenta que sin ella me pesaría la soledad, ahora que he perdido mi bien. Otra cosa: ella pretende que de ahora en adelante nos llamamos condenados a trabajar para vivir. Entonces ella me será muy útil. Yo dirigiré los trabajos.

“ Para mi madre, nada peor que te descubran la media agujereada.

—Cambiátelas. ¿Cómo las vas a llevar rotas?

¿Y si tenés un accidente? Siempre sospeché que para ella era más importante no sentir vergüenza que romperse la cabeza ”

“ Sin esperar a que yo me insinuara, me propuso encerrarnos en un albergue transitorio para saldar nuestra vieja deuda. Le dije que por supuesto. Pero allí no pude ”

“ De chicos éramos ángeles endemoniados capaces de humillar a un vecino que tenía el síndrome de Down (“mongólico”, le decíamos) ”

La vergüenza

¿Te acordás de la última vez que te pusiste colorado? ¿Por qué fue?

¿Pudor, algo que no querías mostrar, una conducta libidinosa en la que te descubrieron? De todo esto hablará el próximo número de la revista. Habrá una nota que transite las diferentes situaciones de vergüenza que nos azotan en la niñez, en la adolescencia y en la adultez. Y otra que se ocupará de las diferen-

LATIDO

cias culturales: ¿algo que te hace sentir turbado en una cultura pue-

de merecer el aplauso en otra? También, varios artículos más, siempre en nuestra línea intimista, humana y, como siempre, un cuento y notas cortas sobre todo lo que rodea al sofocón. No te olvides: Latido de octubre, un número que no debe leerse bajo de la almohada.



ABSOLUT NAPLES.

ABSOLUT COUNTRY OF SWEDEN VODKA & LOGO, ABSOLUT, ABSOLUT BOTTLE DESIGN AND ABSOLUT CALLIGRAPHY ARE TRADEMARKS OWNED BY V&S VIN & SPIRIT AB. © 2001 V&S VIN & SPIRIT AB. WWW.ABSOLUT.COM IMPORTADO POR MAXXIUM ARGENTINA. BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS.